

Ignacio Escolar

31 noches



CONSPICUA

SUMA
de letras

Lectulandia

«En la casa del colombiano encontraron dos pistolas, una escopeta recortada, un hacha de carnicero, una sierra, algo de cocaína, tres teléfonos móviles casi prehistóricos y 19.000 euros en siete fajos de billetes arrugados, escondidos tras un cajetín de la luz. Pero lo que más inquietó a Velasco, lo único que le alteró el pulso, fue una habitación sin ventanas, con todas las paredes, el techo y el suelo forrados de plástico, como el que se usa para proteger los muebles cuando se va a pintar. No había ninguna brocha en la casa. La habitación estaba limpia y completamente vacía, salvo por un cubo. El cubo estaba lleno de ácido sulfúrico».

31 noches es un mes de agosto que empieza y acaba en ese cubo, que está esperando un cadáver para disolver. Es una historia corrosiva, sumergida en las tripas de una discoteca, la sala Premium, donde un periodista se ve arrastrado en una trama de narcos, matones de discoteca y deudas pendientes en la noche de Madrid. «Soy de los que dicen que no soportan la violencia, de los que se creen incapaces de hacer daño a una mosca. Aquel verano descubrí que no es verdad».

El joven periodista Ignacio Escolar debuta con esta turbadora novela en el mundo de la narrativa con el acierto, pulso y claridad de ideas a los que nos tiene acostumbrados en sus trabajos como columnista y analista político. Impecable en su ritmo y desarrollo, demoledora en su retrato de la realidad que nos rodea, el género negro cuenta con una nueva obra de referencia.

Lectulandia

Ignacio Escolar

31 noches

ePUB v1.0

Polifemo7 02.06.12

más libros en lectulandia.com

© 2012 Ignacio Escolar
© De esta edición:
2012, Santillana Ediciones Generales, S.L.
Torrelaguna, 60. 28043 Madrid
Teléfono 91 744 90 60
Telefax 91 744 92 24
www.sumadeletras.com
ISBN ebook: 978-84-8365-370-8
Diseño de cubierta: Miguel Sánchez Lindo
Conversión ebook: Javier Barbado

Editor original: Polifemo7 (v1.0)
ePub base v2.0

Una primera versión reducida y comprimida de *31 noches* fue publicada en agosto de 2009 en las páginas del cuadernillo de verano *Libre*, del diario *Público*. Este libro está dedicado a todos mis compañeros en esa redacción.

Cualquier parecido con la realidad de la trama de esta novela es pura coincidencia. Todos los personajes son ficticios, aunque ellos no lo saben. En sus nombres, entre líneas, están también mis agradecimientos a los amigos que me ayudaron a terminar este libro. Ellos saben quiénes son.

I

LA HABITACIÓN DE PLÁSTICO

En la casa del colombiano encontraron dos pistolas, una escopeta recortada, un hacha de carnicero, una sierra, algo de cocaína, tres teléfonos móviles casi prehistóricos y 19.000 euros en siete fajos de billetes arrugados, escondidos tras un cajetín de la luz. Pero lo que más inquietó a Velasco, lo único que le alteró el pulso, fue una habitación sin ventanas, con todas las paredes, el techo y el suelo forrados de plástico, como el que se usa para proteger los muebles cuando se va a pintar. No había ninguna brocha en la casa. La habitación estaba limpia y completamente vacía, salvo por un cubo.

El cubo estaba lleno de ácido sulfúrico.

Tres días después, Velasco dice que aún no se le ha pasado el susto, pero lo disimula bastante bien mientras bromea en la barbacoa, junto a la piscina.

—Chaval, que eso no solo pasa en México, que también pasa en Madrid, pero como solo se matan entre ellos nadie pregunta ni se preocupa demasiado. Quitamos el plástico acojonados por si aparecía un diente o algo así, pero no había nada, estaba todo limpio. Los hemos detenido, pero los cargos son una puta mierda y casi no había droga en el piso. Ya habrán salido —me cuenta mientras mastica una hamburguesa.

Velasco habla con la boca llena. A mí hace tiempo que se me quitó el hambre, pero no puedo dejar de preguntar.

—¿Se cargaban a los tíos con el ácido?

—No, joder, no seas sádico. Imagino que no. Lo del ácido es para deshacerte del cadáver, pero para cargarte a alguien se usan métodos más tradicionales. Claro, que si te pones en plan hijo puta, pues también puedes matar a alguien con ácido, pero debes tener cuidado, no te vaya a salpicar. Te tienen que haber hecho una putada muy gorda, eso sí. Además, no creo que allí hubiesen matado a alguien. El ácido estaba limpio, sin usar. Además, la mezcla del ácido con la carne huele fatal y allí no olía raro. Eso estaba sin estrenar, esperando a alguien. No creo que montasen todo ese lío para jugar al quimicefa.

—¿Cuánto tardas en deshacerte de un cuerpo con ácido? ¿Un día o así?

—A ver, que la cosa no es tan rápida. Depende de la pureza del ácido. Los huesos tardan bastante, pero con tres o cuatro días, una semana como mucho, vas bien. Depende de la concentración del ácido sulfúrico. Si es industrial, tardas menos.

—¿Y de dónde sacas el ácido?

—Eso está tirado. Tienes ácido sulfúrico en cualquier batería de coche. La peña lo suele sacar de las autocaravanas, que son baterías más grandes. Hay también una marca de desatascador de tuberías que tiene una concentración del 95 por ciento que se vende hasta en el Leroy Merlin. Con unos cuantos botes tardas tres o cuatro días,

una semana como mucho. Tampoco te creas que deshaces el cuerpo del todo, algo te queda. Pero es más fácil de eliminar que un cadáver completo y casi imposible de identificar. Lo que quede de los huesos lo metes en bolsas de basura y a correr.

—¿Cómo era de grande el cubo?

—Grande, pero tampoco era un bidón. Como el cubo de basura de un restaurante.

—¿Y ahí cabe una persona?

—Qué va. Para meter a alguien dentro, antes tienes que trocearlo. Para eso habían forrado todo con plástico, claro, para no mancharlo todo. Hay que tener mucho cuidado porque el ácido reacciona con el agua del cuerpo y entra en ebullición, puede salpicar y quemarte. Tampoco te vale cualquier cubo para contener el ácido. Tiene que ser de polietileno o polipropileno de alta densidad, que, si no, te quedas sin cubo y la que puedes liar con el ácido es cojonuda.

—Pero ¿tanta peña se cargan así?

—Pues unos cuantos. A ver, en España se denuncian 8.000 desapariciones al año de mendas que nunca más aparecen. Si no hay cadáver, no hay asesinato. Pero ya te digo yo que muchos de esos acaban en ácido, que no son todos de los que se bajan a por tabaco y se fugan con la secretaria al Caribe. ¡Hay gente muy mala por ahí!

Velasco ya ha terminado la hamburguesa y se levanta para buscar algo más de comer en la parrilla. Alek mira mi cara lívida y se ríe de mí.

—¡Que te está vacilando, periodista!

—¡Qué sabrás tú, listo! —le responde a gritos Velasco mientras ensarta un chorizo en un trozo de pan.

Estoy algo mareado, probablemente sean las cervezas y el calor. Entro en el chalé buscando un cuarto de baño. Pruebo varias puertas: la cocina, un armario... Al final del pasillo hay otra puerta que abre mal, está enganchada. Empujo fuerte y consigo que ceda. Un trozo de plástico se había quedado trabado bajo la puerta. Toda la habitación está forrada del mismo material. En el centro hay un cubo.

Un mes antes

II

ALEKSANDER

A Alek lo conocí hace casi dos años. Es cuarentón, gigantón, tranquilote y simpático. Le gusta la montaña y hacer bromas. Se ríe con facilidad. Mide casi dos metros, pesa más de cien kilos y le cuesta enfadarse. Solo lo hace por trabajo, solo cuando no queda otra opción. Es polaco, tiene amigos poco recomendables y un pasado del que no le gusta hablar. Ahora lleva una vida mejor y más tranquila: trabaja de jefe de los porteros de la discoteca Premium.

—A ver, periodista. ¿Qué coño os pasa a los españoles, que no queréis trabajar? Aquí somos dos ecuatorianos, dos rumanos, un peruano, una argentina, una mexicana y un polaco. Y ningún español.

Alek me pasa el brazo por el hombro y me zarandea en un gesto amistoso que hace que parte del *gin-tonic* me empape la camisa.

—¡Ningún español! —repite.

Alek se disculpa, llama a la camarera y me pide otra copa. Él solo toma Coca-Cola Zero a sorbitos mientras de cuando en cuando se distrae de la conversación. Parece que escucha voces y, en efecto, eso es lo que le pasa cuando alguno de los otros porteros le habla por el pinganillo que lleva en la oreja.

—Perdona, tío, ahora mismo vuelvo.

Alek parece preocupado.

La Premium es una sala más bien pija, en el centro de Madrid; una de esas discotecas que se construyeron en los setenta en el sótano de un edificio de oficinas. Quince euros, entrada con consumición; doce euros por copa. Queda cerca de la redacción y Alek siempre me invita a la primera; ya soy un habitual.

La música en la Premium está alta, pero no tanto como para que no pueda escuchar los gritos desde la barra en la que estoy, algo apartada de la pista. Hay bronca en la puerta. Como ya llevo más de tres *gin-tonics* y he perdido cualquier resto de prudencia, me asomo por la escalera hacia la calle para ver qué es lo que pasa. Alek ya no parece tan simpático. «El menda se puso chulito», me contaría más tarde.

El Menda ahora está suspendido en el aire mientras Alek le agarra de las orejas. El Menda chilla, cae al suelo y recibe una patada en el estómago. El Menda se queda sin respiración y durante tres segundos deja de chillar. Alek agarra al Menda, que vuelve a volar hasta estamparse contra la acera. El Menda recoge su móvil por un lado y la batería por el otro —es un modelo bastante antiguo, todo un zapatófono—. El Menda se levanta y, cojeando, se aleja de la Premium. Se gira, como con ganas de querer decir la última palabra. Mira a Alek, se lo piensa mejor, baja la cabeza y se va. Alek se sacude la ropa, me ve y vuelve a sonreír.

—Perdona, tío, ¿qué te estaba contando?

Soy de los que dicen que no soportan la violencia, de los que se creen incapaces de hacer daño a una mosca. Aquel mes de agosto descubrí que no es verdad. Si fuese cierto, no me hubiese hecho amigo de Alek, nunca habría conocido a Velasco ni habría acabado así. Fue mi propia decisión, mi absoluta voluntad, la incoherencia entre mis buenas intenciones y la verdad de mis actos, lo que me sumergió en las tripas de la sala Premium con todas sus consecuencias, hasta el final. No puedo alegar que no sabía dónde me metía, no faltaron advertencias previas de que aquello no podía terminar bien.

Fue Alek quien me presentó a mi asesino, pero no le guardo rencor.

III

VELASCO

Una noche Alek ganó 18.000 euros. No pudo dormir. Al día siguiente decidió cambiar de vida porque pensaba que era demasiado fácil como para durar siempre. Probablemente tenía razón.

Alek es sensato y no presume de su dinero. Velasco no puede evitarlo; casi parece que lo que de verdad le mueve no es la pasta, sino el poder contarlo, como el sexo en la adolescencia. En la nómina de Velasco pone que gana 1.687,25 euros brutos, 1.340,90 euros netos al mes. Lo he buscado por Internet en las tablas salariales de la Policía porque Velasco es incapaz de acordarse, yo creo que ni mira la cuenta corriente. Nunca le he visto sacar dinero del cajero ni tirar de tarjeta, por mucho que se alargue la noche. Siempre lleva fajos de billetes sujetos con una pinza de metal, como si fuese un constructor. En las últimas semanas, le he visto llegar en una moto deportiva, en un Mercedes descapotable y en un Porsche Cayenne. También los pasea por la comisaría. Nadie pregunta.

Yo tampoco pregunto demasiado por esas cosas. Al menos no se lo pregunto a él. Con Velasco aprendí que era mejor así el día en que Alek me lo presentó, unos meses atrás, en una de esas noches que te dan las mil y que no puedes recordar del todo bien. A primera vista me pareció un gañán, un gordo con poco pelo, un cuarentón fondón. Tardas en darte cuenta de que el gordo cabrón está fuerte, como un culturista que se hubiese dejado llevar; que los años en los que estuvo en el ejército, en «los paracas», no solo le sirvieron para aprender a desfilar; que es más joven de lo que aparenta y que con él es mejor no pelear. Aquella noche se entretuvo acosando a la novia de otro tipo, un pijo que estaba en el mismo bar y que no se atrevió a protestar. Más que la impertinencia de Velasco, supongo que le asustó el silencio de Alek. El novio se acojonó y no se quejó, pero las hostias se las llevó igual. Velasco se dedicó a tocarle el culo a la chica media noche y de propina acabó soltándole dos puñetazos al chaval «porque me miró mal». Fue la primera vez que vi a Velasco fuera de control, Alek lo tuvo que sujetar. A la semana siguiente lo hablé con Alek y ni se acordaba. Era lo habitual en una noche con Velasco, una cosa normal, una anécdota tan tonta que no merecía la pena recordar.

Hoy es martes y hay que ser muy golfo para quedarse más allá de las tres. La Premium cierra tarde y, a partir de esa hora, recoge a los borrachos de los otros garitos; es la sala escoba que amontona la noche de esta parte de la ciudad. Mi casa no tiene aire acondicionado y el calor no me deja dormir. Y no solo estoy de copas, me digo a mí mismo mientras hago tintinear los hielos de mi *gin-tonic* como si fuesen

una serpiente de cascabel. También me estoy documentando para ver si así escribo unos reportajes de verano sobre la noche de Madrid, algo de color para el cuadernillo de agosto. Supongo que el resto de la sala también tendrá su propia coartada, sus propias excusas. Las mías son tan falsas como las de todos los demás. «Este es un oficio de tres letras D», decía Fernández, uno de mis primeros jefes, de esos periodistas que guardaban una botella de whisky en su cajonera hasta que uno de sus antiguos becarios llegó a director y lo primero que hizo fue vetar el alcohol en la redacción; la broma es que la ley seca llegó para compensar con algo más de sobriedad todas las ocurrencias que aportaba el nuevo director. «Ya sabes, chaval, tres letras D», me decía Fernández: «Dipsómanos, depresivos y divorciados. Somos un oficio de gente que se muere calva, sola y de cirrosis, pero al menos madrugamos poco. El periodismo es duro, pero más duro es trabajar». Yo aún sigo casado. Sigo siendo joven y con pelo, pero ya nadie me llama chaval; en junio cumplí los 36. Iba para periodista estrella de la sección de local, pero hace un año me trasladaron a la mesa de cierre. Se supone que fue un ascenso pero nunca lo pareció. Corrijo las erratas de los *columlistos*, cambio el periódico entero cuando llega una noticia a deshora, nadie me da las gracias cuando arreglo un error ajeno, pero soy el único culpable cuando algo sale mal. Entro a trabajar a las cinco de la tarde y acabo pasada la una de la madrugada. Nadie me espera despierto en casa, así que nunca tengo prisa por llegar. Al menos no madrugo y supongo que solo me falta la D de divorciado para triunfar con el cliché.

Ahora, en agosto, el ambiente en la Premium es algo distinto. En las noches de invierno, entre semana, es fácil ver a algún futbolista del Madrid o a alguna de esas chicas siliconadas de portada de *Interviú*. En verano hay menos famoseo y más guiris, más estudiantes universitarios con mucho tiempo libre, mucha chica guapa de extrarradio en busca de novio serio, mucho malote pijo de moto y urbanización en busca de un ligue de una noche. «Joder, aquí ya dejan pasar a cualquiera. Mira, ha venido Torrente», le dice a su colega un bocazas que acaba de entrar en la sala vestido como si viniese de cantar en una gala de Operación Triunfo mientras mira a Velasco, que le ha oído. Ha sido una mala idea.

La verdad es que Velasco no pega en la Premium. Lleva las mismas marcas caras que los demás, las mismas camisas de 120 euros, pero a él no le quedan igual, como cuando uno se prueba la americana de su padre. Alek es tan grande que intimida sin esforzarse; es una torre de dos metros, rapado y con acento polaco. Velasco es más bien bajito, algo fondón, suda mucho y solo parece peligroso al segundo vistazo, cuando le sale ese tic en el ojo izquierdo.

Por eso Velasco es tan exuberante con la pasta como con la mala hostia, por necesidad. El bocazas aún no lo sabe, pero esa noche él y su colega dormirán en el hospital.

IV

EL CHAMONIX

Cuando les vio entrar con los bates de béisbol, el portero del puticlub decidió que 120 euros por noche no compensaban tres costillas rotas o algo peor. Se arrancó el pinganillo de la oreja y lo lanzó a un rincón, cogió una copa a medias de la barra, agarró del culo a una de las chicas que estaban libres y se sentó en uno de los sillones, como si fuese un cliente más.

Velasco escucha la historia y se descojona en la barra.

—Si te lo digo siempre, Alek. Menos abdominales y más cojones, que anda que haces una selección de personal de puta madre, que son todos unos valientes.

—A ti te da mucha risa, no te jode —se lamenta Alek—. Pero a mí me ha metido en un lío muy gordo.

El portero cobarde trabajaba ese día en el Chamonix, uno de los sitios donde la gente de Alek lleva la seguridad. Los mexicanos destrozaron el local, pegaron fuego a una cortina y casi queman todo el edificio; menos mal que llegaron pronto los bomberos. Los otros dos porteros no se rajaron, pero casi mejor que lo hubiesen hecho. Les dieron una paliza con los bates y ahora están en el hospital. También pegaron al camarero y clavaron una navaja en el culo al gerente del puticlub, que se encerró en el despacho de la segunda planta hasta que tiraron la puerta a golpes con un extintor. A saber cuánta pasta se han llevado.

—Que no, periodista, que no fue por pasta —dice Velasco.

—¿Cómo que no?

—Que no, coño —insiste Velasco—. Que nadie en su sano juicio monta un lío así en el Chamonix solo por la pasta, que a esa hora además no hay ni dos duros en la caja. El puto pinche güey mexicano de los cojones fue el miércoles a follar y acabó pegando a una de las putas. Y, claro, aquí los esbirros del Alejandrino le sacaron a hostias, que con un borracho son más valientes.

—No te pases, tío —protesta Alek.

—Que no te mosquees, joder, que lo digo de coña. El problema es que el borracho mexicano no era un chavito cualquiera, era un masca de Culiacán, del cártel de Sinaloa. Y al día siguiente volvió más puesto y mejor acompañado, con cuatro bestias más. Y la liaron parda. En la comisaría los estamos buscando desde hace casi un año, vaya perlas. En octubre le dieron a un tipo una de las palizas más brutales que he visto en mi vida. Era un soplón, o eso decían. Le golpearon varias veces con una barra de hierro en el abdomen. El pobre ya lleva tres operaciones y para cagar ahora usa un tubo y un bote de plástico. Están muy tarados estos mexicanos. Hay que estar muy loco para montar un pollo en el Chamonix. Periodista, ¿tú sabes de quién es?

—Ni idea. Ni siquiera sé dónde está.

—Pues lo sabe todo el mundo, joder. El Chamonix es uno de los puticlubs de los colombianos.

Los colombianos. Velasco se va al baño y me quedo a solas con Alek, que está más callado de lo habitual. Hay un silencio incómodo. Le pregunto por el portero cobarde.

—No sé dónde está. Se habrá ido al pueblo, a ver a su madre. Estará en algún sitio sin cobertura porque hace días que no coge el teléfono.

V

LAS DEUDAS

Aleksander Kowalski fue un inmigrante olímpico. Llegó a España en el verano de 1992, en el año de los juegos. Viajó a Barcelona desde Varsovia en un autobús lleno de aficionados; 30 horas de carretera para que España ganase la final de fútbol a Polonia por 3 a 2. Aunque eso no fue lo peor. Alek vio el partido desde un bar, como el resto de la expedición. Les habían vendido unas entradas falsas y no pudieron entrar en el estadio. El autobús de vuelta tampoco apareció y Alek, entonces 25 años, decidió quedarse unos meses para probar suerte. La suerte tardó en llegar, pero Alek nunca regresó.

—Es que aquí sois la leche, periodista. La leche de país. Llevo 16 años trabajando en discotecas y ahora me hacéis pasar un examen. ¡Un examen!

»Y ahí nos tienes a todos en los pupitres, a los más malos de toda la noche de Madrid. El Chino, el Bernie, el Beto, el Salva, el Pablo, el Uñas, el Panata..., todos allí, muertos de sueño, porque el examen era un sábado por la mañana y la mayoría veníamos de currar. Los más macarras pasaron todos y ahora ganan más pasta porque hay menos competencia. Y se ha quedado sin carné la poca gente profesional, los mejores tíos.

—Pero tú tienes carné, ¿no? —le replico bromeando— Tampoco sería tan difícil si te lo sacaste tú.

—Sí, joder, tú ríete. Yo me lo saqué pero la mayoría de los que curran conmigo no. Y no veas cómo son ahora con las multas. Una pasta, me va a costar una pasta la mierda esta. Y ya es la tercera vez, joder.

Conocí a Alek hace casi dos años, cuando escribía para el periódico un reportaje sobre el carné de manipulador de borrachos que se inventó el Gobierno de Madrid después de que un gorila se cargase a un crío de una paliza. Alek consiguió aprobar, pero el examen aún le persigue. Esta noche la poli ha estado en la Premium y uno de los porteros no estaba titulado. Al dueño de la discoteca le tocará pagar una multa, aunque la pasta no la pondrá él. Es Alek quien se responsabiliza de sus chicos, así que saldrá de su dinero. Alek lleva toda la noche lamentándose.

—No te quejes tanto, joder —interrumpe Velasco—. Si quieres, hablo con la comisaría y te arreglo lo de la puta multa.

—¿Y cómo lo vas a hacer? —pregunta Alek.

—Ya veré cómo lo apaño, algo se me ocurrirá. Les diré que eres un soplón y que ya me devolverás el favor.

Aleksander Kowalski lleva 17 años en España, 16 años largos en la puerta de una discoteca. En Varsovia estuvo en el ejército y después trabajó en una fábrica de coches de la marca FSO, en la línea de montaje tres, en pintura del Fiat Polski 125P:

un modelo italiano que al otro lado del muro dejó de fabricarse en 1982 y que en Polonia estuvo en producción hasta 1991. Ese mismo año, el gobierno de Lech Walesa privatizó la fábrica de la FSO, la compró Daewoo. Los coreanos llevaron tecnología y echaron a la mitad de la plantilla; la producción se triplicó y los costes se dividieron por seis. Alek fue de los despedidos. Estuvo unos meses sin trabajo hasta que la derrota olímpica le dejó varado en Barcelona, sin saber hablar una palabra de español. «¿Te das cuenta? Era un polaco en Cataluña», ironizaba cuando me contó su historia, supongo que después de que tantos otros antes que yo le hubiesen gastado esa misma broma sobre su situación; no sé cuánto tiempo tardaría el pobre Alek en pillar el chiste. Otro de los náufragos de aquella expedición olímpica, un amigo que después de un par de meses se volvió, conocía a una chica polaca que se había casado con un español y vivía en Hospitalet. La chica tenía un hermano. El hermano curraba en la puerta de una discoteca. Allí había trabajo para un gigante como él. No hacía falta hablar ni español ni catalán.

Del comunismo de la pintura y la línea de montaje del Fiat 125P, pasó al capitalismo más extremo: el del mundo de la noche. Alek sabe que allí las deudas siempre se pagan y que las peores son aquellas que no tienen precio, las que nunca sabes cuánto te van a costar ni cuándo te las van a cobrar. O al menos eso imagino yo, mientras le veo dudar.

—Bah, déjalo, que al final me vas a meter en un lío aún más gordo —responde Alek.

—Como quieras, tronco, pero deja ya de quejarte, joder. Por cierto, hablando de quejas, que me dicen los colombianos que a ver cuándo te pasas a saludar y les explicas lo de tu colega del Chamonix.

VI

LA VISITA DEL COLOMBIANO

El portero cobarde del puticlub Chamonix no se fue al pueblo a ver a su madre, eso seguro. La madre del portero que se achantó cuando los mexicanos asaltaron el local llamó ayer por teléfono a Alek para preguntarle con acento gallego por su rapaz. A saber cómo había conseguido su teléfono. La señora estaba asustada. Alek intentó tranquilizarla y al menos la convenció para que no denunciase la desaparición.

—Seguro que no ha pasado nada, señora, ya verá. Esté usted tranquila.

—No sé, no sé. Nadie sabe nada de él y en su casa su compañero de piso me dice que no está. No es normal que lleve tantos días sin llamar.

—No se preocupe, señora, que ya sabe cómo son los chicos de esa edad. Esta semana libraba en el trabajo. Seguro que está en casa de alguna chica guapa y por eso no llama, ya verá como no es nada. Su chaval está hecho un ligón, que aquí es famoso por eso.

—¿Y si aviso a la policía por si le ha pasado algo?

—No le haga eso al pobre chico. Imagínese qué vergüenza si la policía lo busca y es por una tontería. Espere antes un par de días, que ya pregunto yo por aquí, que seguro que alguno sabe con qué chica está.

Hablaron poco más de tres minutos, pero en ese tiempo Alek mintió dos veces a la señora. Su hijo no estaba con ninguna chica, eso seguro. El rapaz era gay; por eso le encargó la puerta del puticlub, porque a él las chicas no le meterían en problemas. La segunda mentira era aún más piadosa. Aún no sabía el qué, pero Alek ya estaba también seguro de que algo malo le había pasado al rapaz.

La segunda evidencia de que el problema de Alek era mucho más grave de lo que él mismo había calculado se planteó unas horas después, en la puerta de la Premium. Uno de los colombianos se pasó a saludar. El menda me sonaba, pero entonces no sabía de qué. Alek desconectó el pinganillo y estuvo hablando con él un rato largo en un extremo de la barra. Se despidieron con un abrazo tan falso como efusivo. Alek me dio largas cuando le pregunté quién era, «un viejo amigo, nada más». Pero el bocazas de Velasco me contó lo que pasaba cinco copas después.

—Joder, periodista, pareces tonto. Qué mal se te da leer las señales. Alek se ha metido en un lío con los colombianos, que son los dueños del Chamonix, porque el rapaz que se cagó cuando los pinches de Sinaloa arrasaron el puticlub trabajaba para él, así que la cagada también es suya.

—¿Lo van a matar?

—No, hombre, no; con lo grande que es, solo por no enterrarlo... Además, los colombianos hace tiempo que querían meter su coca en la Premium, que es un sitio cojonudo. Ya sabes, quien controla la puerta controla la sala. Alek ahora va de legal y

pasa de meterse en líos, pero después de lo que ha ocurrido tendrá que tragar. — Velasco intenta imitar a Marlon Brando—. Le han hecho una oferta que no puede rechazar.

—¿Y al rapaz? ¿Se lo han cargado?

—No sé, no creo. No lo conocía, pero si es listo se habrá largado unas semanas a la playa. A saber.

Del rapaz se supo mucho tiempo después, de lo que quedaba de él. Hubo que pedir una muestra de ADN a su madre para poder identificarlo. Estaba enterrado en una zanja cerca del pantano de San Juan, a pocos metros del lugar donde la policía encontró mi cadáver.

VII

LA INFORMACIÓN

La entrada de la coca colombiana en la Premium fue como una plaga de termitas. A simple vista, nada parecía haber cambiado, pero a poco que se rascara aparecían los destrozos. Alek siguió en la puerta, pero no quería mancharse las manos; ese era el trato, así que tuvo que contratar a un nuevo portero que le presentó Velasco, un tal Norberto. Era un tipo flaco, tatuado y nervioso, que se ocupaba de que solo los distribuidores de los colombianos se moviesen por la sala. Norberto se estrenó con un chaval al que pilló pasando pastillas en los baños, un niño con pelo engominado y camisa blanca. Un crío, no tendría más de 20 años. Norberto le quitó las pastillas, rompió el espejo del lavabo de tíos con su cabeza y le sacó a rastras de la sala, con la cara y la camisa ensangrentadas, delante de un corro de niñas bien que hacían cola para mear.

Velasco se sentía bien en el nuevo reino. Esa noche se la pasó entera imitando los grititos de las niñas cuando vieron la sangre. Esa noche yo también me dejé llevar por su humor infantil y por su cocaína, y a las seis de la mañana aún no me había ido a dormir. La penúltima copa nos la tomamos en el camerino, un rincón privado entre la discoteca y el almacén, que también servía de improvisado *chill out*.

—Nunca me has contado de qué conoces a Alek —le pregunto a Velasco.

—¿Al Alejandrito? Hace ya mucho. Antes de meterme a policía, curré una temporada en la noche. Éramos socios.

—¿Socios? ¿En algún negocio?

—Sí, socios. Alek y yo llevábamos juntos la seguridad de varias salas. Al Alek lo conocí en la puerta del Chamán, el garito inmenso que había en la carretera de La Coruña, ese que dejaron en la mitad cuando ampliaron la autovía para poner el busvao y que ahora es un puticlub.

—Ya sé cuál dices. ¿No era una discoteca que se hizo famosa por las apuestas de los conductores kamikazes?

—Justo, esa. Aunque tampoco era para tanto lo de las apuestas. Aquello fue cosa de los de tu gremio, los putos periodistas, que estáis siempre exagerando. Alguna vez pasó. Era la hostia porque desde la terraza de la discoteca, con unos prismáticos, se podía ver un buen tramo de la autovía y cómo los coches se apartaban acojonados. Menudos huevos le ponían algunos. Pero duró poco y luego la moda se pasó. Había una señal mal puesta en una rotonda de Las Rozas y algunos conductores borrachos entraban en dirección contraria sin querer. Decían los periódicos que era por las apuestas, pero qué va.

—No, si al final sería solo culpa de los medios y de la DGT.

—No te piques, periodista. Si ya te he dicho que apuestas con lo de los kamikazes

sí había de verdad. Me acuerdo de uno que se mató, un gordo que se acabó estrellando con un camión. Sudaba tanto y estaba tan puesto de anfetaminas cuando entró en el coche que solo le faltaba un traje con lentejuelas y cantarme el *Suspicious Minds* para ser como Elvis en Las Vegas. Menudo colgado. En aquella época currábamos para un rumano un poco gilipollas que había estado en el ejército. Ese sí que estaba metido en lo de las apuestas, pero luego tuvo un lío gordo y no supimos más de él. Se piraría o se lo cargaron, vete a saber. Después nos independizamos y empezamos con la seguridad de unas cuantas salas por Moncloa: la Explosion, el Cielo, el Grial... Ya ni me acuerdo. También llevábamos el Overdose, una discoteca enorme de bakalao que estaba por el paseo de Extremadura.

—De esa también me acuerdo. Creo que luego pusieron un bingo.

—Ni puta idea. Hace años que no he vuelto por allí. Era una mierda de sitio, de esos con una jaula con stripper, lleno de pringaos con el pelo cortado como si fuese un cenicero. Las chicas entraban gratis, los chicos pagaban. Era una ruina porque todo el mundo iba de pastillas y no se tomaba una copa ni dios. Las botellas de agua valían mil pelas para compensar y los cuartos de baño tenían el agua del lavabo cortada. Había mendas en plan gorrón que rellenaban la botella de agua en el retrete, tirando de la cadena. ¿Te lo puedes creer?

—¿Y ganabais mucha pasta con lo de la seguridad de las salas?

—Sí, claro. Pero no solo de las puertas. ¿No te lo ha contado Alek? Entonces también cobrábamos deudas.

—¿Como el cobrador del frac?

—¡Justo! —se descojona Velasco—, pero nuestro método era un poco menos elegante. Entonces Alek no era tan blandito como ahora, que se me está amariconando. Aunque la mayoría de las veces no hacía falta usar la violencia, es mucho mejor la información.

—¿La información?

—Sí, periodista, la información. Y deja de repetir todo lo que yo digo como si fueses un puto gi-li-po-llas. —Velasco eleva la voz y mastica las sílabas del insulto, como si me lo lanzase. Me pasa el brazo por el hombro y sigue hablando, otra vez con su tono normal—. Por ejemplo, yo ahora te puedo dar dos hostias y seguro que se te pasan las ganas de escribir en tu periódico lo que has visto estos días en la Premium. Pero, para quedarnos más tranquilos, también te puedo decir que yo estoy solo en la vida, pero que tú tienes mujer y dos hijos, que vives en la calle del Sodio número 37 y que tu coche es un Megane azul al que, por cierto, deberías revisar el embrague, que hace ruido cuando metes cuarta. Y no pongas esa cara, que es coña. Anda, chaval, levanta, que nos vamos para casa.

VIII

GARGANTA PROFUNDA

Me costó recuperarme de la última noche con Velasco, y lo de menos fue la resaca. Tengo mujer, dos niños, un Megane azul que raspa cuando metes cuarta y la hipoteca de un piso en la calle del Sodio 37. También tenía ya la certeza absoluta de que me había metido en un lío, así que decidí dejar de ir a la Premium. Al tercer día sin pisar por allí, Velasco me telefoneó.

—Qué pasa, periodista, ¿te has mosqueado conmigo?

—No, si te parece. ¿Cómo sabías lo de mi coche?

—No seas nenaza, periodista. ¿Qué te pensabas? ¿Que te iba a dejar husmear por la Premium sin saber algo más de ti? Venga, no te cabrees, que ya te dije que era coña. Pásate esta noche, que te voy a contar una exclusiva cojonuda para que la publiques en tu periódico.

—¿Qué exclusiva?

—Por teléfono no te lo puedo decir. Venga, coño, quedamos a la una en la Premium y te cuento.

No me fiaba, pero la curiosidad pudo más que el miedo. Unas horas más tarde, llegué a la discoteca, nervioso como un gato en el veterinario. Era una noche más en la Premium, un martes con poca gente en el local. Estaban los desconocidos de siempre, pero a mí todos me parecían sospechosos, como si Madrid entero conspirase contra mí. Velasco llegó tarde, se acercó a la barra y se sentó junto a mí, dándome una palmadita en el hombro a modo de saludo.

—Velasco, que sepas que he avisado a tres personas de que te iba a ver hoy. He dejado escritos unos folios y si...

—Joder, periodista, mira que eres peliculero. ¿Tú te crees que si quisiera hacerte algo te habría llamado esta tarde desde mi móvil? Tío, que yo llegué solo a tercero de BUP, y copiando, pero no soy gilipollas. Si te he investigado es solo para saber si eras de fiar antes de darte esto. Toma, escóndelo. —Velasco me ofrece bajo la barra un CD-R.

—¿Qué hay aquí?

—Información —responde con aire misterioso.

Intento guardar el CD con tanta prisa que se me cae al suelo. Me agacho y lo recojo intentando disimular, que parezca natural; me siento tan patoso como Mister Bean.

—Vale, gracias. Me piro.

—Pero ¡si acabas de llegar! Venga, coño, no te mosquees tanto, periodista. ¡Niña! —grita Velasco a la camarera, mientras me pasa el brazo por el hombro—. ¡Dos *gin-tonics*!

—¿Cómo los queréis?

—A mí, si me dejas elegir, lo quiero a solas contigo, desnudos en una playa desierta bajo la luz de las estrellas —contesta Velasco.

La camarera levanta una ceja y se queda en silencio mirándonos a los dos con algo que se podría traducir como un rotundo «de qué vas». Velasco disfruta unos segundos con su reacción, supongo que no llevarse un bofetón es ya un triunfo. Después concreta: «Pon los dos de Bombay». La camarera se da la vuelta. Velasco le mira el culo, mientras se aleja a por la botella y los vasos, mete medio cuerpo en la barra y levanta la voz: «Pero el mío contigo desnuda, no te olvides».

—¿Has visto lo buena que está la niña? ¿Has visto qué tetas? —dice Velasco más tarde, con la copa ya en la mano. Tiene toda la razón. Es una morena espectacular, de pelo largo y liso y ojos más grandes que los de Bambi. Es casi más difícil no verla que charlar con ella durante más de diez segundos sin que se te vayan los ojos a su escote. Pero no quiero hablar ni de tías ni de coches ni de fútbol con Velasco. No estoy de humor.

—¿Qué niña? —respondo.

—Joder, qué niña va a ser. Vicky, la camarera.

Ya sabía que se llamaba Vicky. Alek me la presentó hace un par de días, cuando empezó a trabajar en la Premium. Por lo visto ya la conocía desde hace tiempo, de otro garito. Ha sido un fichaje, cobra más que el resto de las camareras y desde luego se lleva más propinas. Hay otras dos barras en la Premium pero la de Vicky, la barra del fondo, siempre es la más frecuentada. Todas las noches, algún baboso acaba pasándose de listo y a Alek le toca sacarle a empujones del local. Casi parece que ha llegado a la Premium para que los porteros tengan que currar más.

—No me había fijado —miento. Velasco se da cuenta.

—Ya, ya. Ya se te ve que ni la habías visto, no te jode. Y yo solo veo documentales de la 2 y busco en las mujeres la belleza interior. Venga, hombre, que no soy gilipollas. No te pongas estupendo, que he visto cómo le mirabas el culo antes. —Velasco me ofrece la copa para brindar. A desgana le acepto el brindis y choco mi *gin-tonic* con el suyo.

—¿Tú sabes eso que dicen algunos de que las tías son todas unas putas? —dice Velasco—. Pues no es verdad.

—¿Ah no?

—No, tío. No es verdad. Esa frase es muy machista y además es mentira. Tu madre, o mi madre, seguro que no son unas putas. Tu mujer seguro que tampoco. Aquella de allí, tampoco —señala Velasco con su copa en la mano a una de las recogevasos, que cruza la pista con la bandeja en la mano—. Pero hay algunas tías que son muy putas. Y esta de aquí, la Vicky, es la más puta de todas, te lo digo yo.

—¡Que te den, gilipollas! —grita la camarera, que ha escuchado la última parte

de la conversación.

—¡No te mosquees, joder! —ríe Velasco. Vicky le da un empujón desde el otro lado de la barra que, más que mala leche, deja claro que la camarera hace ya tiempo que conoce al gordo cabrón, para bien o para mal.

—No te pongas así, Vicky, que sabes que te quiero. Venga, niña, pon tres chupitos que vamos a brindar por el Pulitzer que va a ganar mi colega el periodista cuando publique la pedazo de exclusiva que le acabo de pasar.

Tras los chupitos llegó otra copa. Y otra más. Y una cuarta, una quinta y una sexta. Llegué a casa pasadas las siete de la mañana, encendí el ordenador y abrí el CD-R. Solo había un fichero, una película porno.

—Velasco, ¡pedazo de cabrón!, ¡eres un hijo de puta! —balbuceo por teléfono con la lengua trabada por el alcohol.

—Pero ¡si es un clásico! ¡*Garganta profunda*! Joder, tío, que ni sabes beber ni aguantas una broma. Venga, te invito mañana al boxeo, que tengo unas entradas cojonudas. Te veo en la Premium.

Al día siguiente volví a la barra de Vicky pero Velasco no apareció. No le volví a ver hasta una semana después, en una noche violenta pero sin boxeo.

IX

LA BALACERA

El poli me da una bolsa de hielo. Me la pongo en el ojo mientras él enciende la grabadora, abre su libreta y empieza a preguntar.

—¿Nombre?

—Periodista.

—¿Profesión?

—Periodista.

Estoy en una de las comisarías del centro, son las seis de la mañana. Norberto está muerto y Alek ha tenido suerte, porque la bala solo le rozó una oreja. Velasco me ha visto hace un rato, cuando entraba en la comisaría. Me ha dado un par de palmaditas en la espalda, qué cachondo. Tengo un ojo morado pero mi herida no es heroica. Estaba en la puerta cuando todo pasó, en primera línea, acompañando a Alek, que había salido un rato para preparar la cola. Eran ya casi las dos, cerca de la hora punta, cuando el resto de los garitos cierra y la gente comienza a gotear. Los mexicanos aparecieron derrapando en un BMW M3. Creo que eran tres o cuatro, no me fijé bien. Desde el coche, empezaron a disparar. Yo me tiré al suelo, la gente empezó a gritar y una imbécil de la que solo recuerdo su tacón me golpeó el ojo en plena estampida.

—A ver, cuénteme qué paso.

Durante un segundo estoy tentado de decirle la verdad. Que los mexicanos no tuvieron bastante con destrozar la Chamonix, que el puto pinche güey de Sinaloa ha decidido que Madrid es demasiado pequeño para que los colombianos respiren el mismo aire contaminado que él, que puede que me haya perdido algún capítulo de la espiral de venganzas que arrancó cuando los chicos de Alek apalearon al chavito en el burdel, pero que a mí no me engañan más con eso de que la derecha hace de esta ciudad un lugar más seguro. Que una puta mierda. Que les den mucho por culo. Que perdone mi lenguaje, pero es que estoy histérico porque esta noche casi me matan, pero que lo que más me asusta ahora es el tarado de Velasco y su placa de policía. Que ya es casualidad que Velasco estuviese en el baño justo cuando llegaron los mexicanos; que llevaba casi media hora allí y estaba a punto de ir a buscarle por si se había caído dentro de una montaña de cocaína, como Tony Montana en *Scarface*. Que el puto gordo cabrón de Velasco no salió hasta que los disparos habían terminado. Que Norberto llevaba una pistola. ¡Una pistola, joder! Que de pequeño mis padres ni siquiera me dejaban jugar con pistolas de plástico y que los disparos de esta noche son los primeros que escucho en mi vida. Que la gente salió corriendo y aquello no fue una matanza de puta casualidad. Que Norberto se cubrió detrás de la puerta y empezó a responder a los disparos. Que hirió a uno antes de que le reventaran la cabeza. Que Alek se acordaría del rapaz, o yo qué sé, y empezó a disparar con la

pistola de Norberto cuando el flaco cayó. Que no me olvido de la cara de Norberto, con un ojo colgando y medio cerebro fuera. Que no me olvidaré de esa puta imagen jamás. Que me he meado encima. Que empecé a vomitar. Que Alek siguió disparando y le tuvo que dar a otro porque los mexicanos se largaron en su coche a tanta velocidad como latía mi corazón. Que aún no se me ha pasado la taquicardia y ni siquiera me duele el ojo; que se puede meter la bolsa de hielo por el puto culo.

—No sé, señor agente. No lo recuerdo muy bien. Estaba muy oscuro y me asusté tanto que no me fijé mucho.

El policía me mira en silencio durante unos largos segundos, suelta el bolígrafo, apaga la grabadora, se levanta y cierra las persianas de la habitación. Me ofrece un cigarro. Acepto. Me lo enciende.

—Está bien, vamos a empezar otra vez. ¿Qué coño ha pasado en la Premium entre los mexicanos y los colombianos?

X MÓVILES

El cuerpo de uno de los mexicanos apareció tres días después del tiroteo. La autopsia dijo que había muerto desangrado, una definición extremadamente aséptica de lo que de verdad sucedió. Le quemaron una mano con ácido, le cortaron varios dedos de los pies y, después de mutilarle los genitales, lo lanzaron aún consciente al fondo de una alcantarilla. Encontraron el cadáver de casualidad. La policía estaba en alerta porque temía un atentado terrorista y alguien se dio cuenta de que la tapa de esa boca estaba movida. Primero la poli pensó que se trataba de una venganza por lo de la Premium, pero el forense enterró esa teoría: el mexicano había muerto al menos dos días antes. Tal vez fuera la causa, pero no la consecuencia.

—Periodista, ¿te has fijado en los móviles de esos dos?

—No —respondo a Velasco.

Miento. Desde que vi cómo mataban a Norberto me he vuelto mucho más observador. La Premium solo paró un día, el tiempo necesario para cambiar dos cristales y limpiar la moqueta de la entrada. El tiroteo salió en la tele, pero la noticia pronto se agostó. Norberto no era una víctima simpática: ni inocente ni blanquito. Ningún concejal interrumpió sus vacaciones para anunciar un nuevo examen a gorilas de discoteca. Alek habló con los colombianos y contrató a dos flacos más para sustituir a Norberto. A mí también me sorprendieron sus teléfonos móviles, unos viejos modelos de Nokia casi más grandes que sus pistolas.

—Es una manía de los colombianos, siempre usan nokias de los viejos porque dicen que son más seguros.

—¿Y sirve de algo?

—Bah, chorradas. Hombre, si son prepago y no están dados de alta... Pero estos trastos son unos putos chivatos. Hay un registro con las coordenadas desde donde se hacen todas las llamadas. El otro día pillamos así a unos gañanes que secuestraron a un chaval. Los periódicos dijeron que era por un vecino que nos avisó; mentira, un bulo para que no se sepa el truco. Los muy idiotas llamaron al padre desde el móvil del chaval.

—Pues ya me dirás para qué cargan con esos trastos.

—A ver, en teoría son mejores, pero por otra cosa. Como tienen menos memoria que un pez, no se puede instalar en ellos programas espías ni mierdas de esas, que ahí solo cabe el juego de la serpiente y poco más. Hay también unos modelos nokias que están cifrados, aunque no creo que sean los que usan estos pringaos. Algunos narcos los pillan con numeración de Suiza. Se gastan una pasta en llamadas, cuentan todas como internacionales. Pero no veas lo que hay que sufrir para que te autoricen una escucha a un número de Suiza.

Sé que a Velasco le han pasado mi declaración, por eso confía en mí. En ella ponía que no había visto gran cosa, que era un simple cliente incapaz de entender ni el origen ni el destino de los disparos. No es eso lo que acabé contando en la comisaría pero aquello, como tantas otras cosas, quedó entre ese poli y yo. A mi manera y por otros motivos, yo también aparento estar tranquilo. He cambiado de móvil. El que llevo ahora emite una señal constante con mi posición y está grabando permanentemente la conversación.

XI

VICKY

Hay otro motivo por el que no me he largado de la Premium: Vicky, la camarera de la barra del fondo. Sé que no me creará, pero fantaseo con la idea de decirle algún día que me quedé por ella, que importó más que las presiones de la policía o la posibilidad de escribir el reportaje de mi vida: 31 noches, la historia de un infiltrado, por el infiltrado. Infiltrado, me gusta la palabra, aunque seguro que Velasco prefiere usar soplón, chivato, puto soplón o chivato de mierda. Mi nuevo teléfono móvil graba todos mis pasos y transmite todas mis conversaciones. La poli me ha prometido que siempre habrá alguien cerca, preparado para rescatarme. Espero que sea verdad, que no pase nada justo cuando el poli se vaya a mear. Aunque también hay veces que yo mismo lo desconecto. Sé que hago mal, pero prefiero correr ese riesgo a que mis conversaciones con Vicky aparezcan en un sumario judicial. No me quiero ni imaginar los chistes del poli que me está escuchando mientras estoy con ella en la barra o, peor aún, la cara de mi mujer leyendo la transcripción de las cintas.

—Te queda bien el ojo morado.

—Gracias, guapa, pero no hace falta que me mientas. Te voy a dejar propina igual.

—Gracias. Te lo compensaré.

—¿Te pondrás tus gafas de empollona para mí? Ayer me prometiste una cosa.

—Claro —se ríe—. Ya sabes que yo soy una chica de palabra.

Vicky me guiña un ojo. Se gira y se va a poner otra copa a un cliente. La miro alejarse por la barra y no puedo evitar una erección pensando en su promesa, en el SMS que me mandó: «Mañana te la voy a chupar vestida solamente con mis gafas de empollona». Me trae fogonazos de la primera noche, con ella en su casa, de la primera vez que la vi desnuda, de cuando descubrí su tatuaje en el culo, un pequeño caballito de mar en su nalga izquierda. Me acuerdo de lo guapa que estaba bajo el agua de la ducha a la mañana siguiente y de cómo volvimos a follar al levantarnos, antes de desayunar. Fue unos días antes del tiroteo. Volvió a pasar dos noches más y otra vez en los baños para empleados de la Premium, con ella apoyada sobre el retrete, con el vestido por encima de la cintura y sus bragas por debajo de las rodillas, mientras yo agarraba sus caderas y daba las gracias al cielo por mi suerte, por tanta felicidad.

Si algún día esto acaba delante de un juez, en un divorcio o en custodia compartida, en mi defensa diré que fue ella la que me ligó. Yo habría sido incapaz y aún hoy no sé explicar qué fue lo que hice bien. Supongo que fue por aburrimiento o por eliminación: era el único habitual de todo el local capaz de aguantar una conversación de más de diez minutos sin mirarle las tetas ni soltar un hilillo de baba,

el único de los que pedían en su barra que no la trataba como si fuese un peluche ni como si fuese una yegua, el único de toda la Premium que lee textos más largos que las instrucciones de las sopas de sobre.

El primer día que hablé con ella más de dos minutos fue por culpa de un libro. Era un miércoles temprano y la sala estaba vacía. Vicky esperaba sentada en una silla alta, detrás de su barra, leyendo un libro forrado en papel de estraza con unas gafas de empollona que no pegaban nada ni con su minifalda ni con su escote provocador.

—¿Me pones una birra?

—Claro. ¿Una caña?

Asentí mientras Vicky dejaba las gafas y el libro sobre la barra para servirme la cerveza.

—¿Qué estás leyendo?

—¿Te importa mucho?

—Ten cuidado con ese vicio, que como te vean leyendo por aquí van a llamar a la poli. ¿Me lo dejas ver? —Y sin esperar su respuesta agarré el libro y fisgué bajo el papel de estraza. Era la dieta Dukan ilustrada, con recetas y fotos de los platos. Vicky se ruborizó, se abalanzó sobre mí y me quitó el libro.

—¡Vete a la mierda!, ¡no seas cotilla!

Me reí. Vicky necesita una dieta tanto como Velasco necesita más mala hostia.

—¿De verdad quieres adelgazar? ¿Tú te has visto? No te sobra nada de nada.

—Eso a ti no te importa. Pero, ya que preguntas, ¿de verdad crees que no me hace falta? —respondió mientras se llevaba las dos manos a la cintura.

—Definitivamente, no. ¿Me dejas el libro? A mí me vendría algo mejor que a ti. Además, hace mucho que no leo uno con dibujos.

—¡Qué idiota!, no te hagas el listo conmigo.

—No tengo intención. ¿Te gusta leer?

—Sí, claro —respondió Vicky. Más tarde supe que me mintió. En su casa aquella noche descubrí muchos más zapatos que libros, pero para entonces ya me daba exactamente igual.

Aquella noche hablamos durante horas. Había poca gente en la Premium y ella no tenía nada mejor que hacer. Me contó que quería ser actriz y que curraba de camarera para pagarse la escuela de interpretación. Me preguntó por mi trabajo. Ahí mentí yo, o al menos exageré con ese discurso heroico del contrapoder de la prensa, del apostolado de un oficio sacrificado y vocacional, de la responsabilidad social del periodista y bla bla bla. Por una vez no me quejé del naufragio de una redacción que ya lleva su tercer ERE en cuatro años, que paga mejor al informático que engaña a Google que al redactor que trae las noticias, que achatarra a los periodistas de los que aprendí y los sustituye por becarios que nunca tendrán a nadie que les pueda enseñar. No le expliqué que los editores de prensa antes vendían periódicos y ahora compran

lectores, regalando patinetes, camisetas, películas o cursos de inglés en CD (cualquier cosa, salvo algo de leer). No le hablé de mis penurias en la mesa de cierre, sino de mis mejores años como reportero de local: de cuando hice dimitir al concejal de Urbanismo porque publiqué que un constructor le había regalado un chalé del tamaño de un centro de salud; o de la vez que rastree la historia de unos mellizos robados al nacer en una clínica, dos hermanos separados y vendidos a distintas familias, a cuya verdadera madre solo pudieron conocer cuarenta y dos años después de que ella los diese por enterrados en un ataúd vacío. No sé si fui pedante o lacrimógeno, probablemente ambas cosas a la vez. Tal vez fue solo que por un momento logré la lástima de Vicky o su admiración. A la salida de la Premium me preguntó si quería compartir un taxi, le dije que sí; luego dijo de tomar la última en un *after* que conocía y también dije que sí. Después de besarnos como adolescentes borrachos mientras nos metíamos mano en un portal, me dijo que nos fuésemos a su apartamento y volví a decir que sí, que por favor, que no parase, que la adoraba, que era increíble y que no aguantaba más, que me iba a correr.

—Deberías hablar con Alek, me tiene preocupada —me dice Vicky mientras sigo imaginándola desnuda, de rodillas en el borde de su cama, con sus gafas de empollona, solo para mí.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Porque es tu amigo y está muy agobiado. Ayer estuvo el colombiano ese tan siniestro. Les escuché un rato, es tan machista el tío que ni le cortó que estuviese yo al lado, como si fuese una planta. Le pidió a Alek que robase un piso donde hay un alijo de coca. Pero debe de ser algo muy chungo, porque el tipo al que tiene que robar es de los suyos. No sé, no me mola nada.

No sé qué habrá visto Vicky en mí y sé que me traerá problemas. He contado en casa que me han encargado en el periódico una gran historia de investigación, de narcotráfico en los bajos fondos, y que por eso hay varios días que no podré llegar siquiera a dormir. «Entiéndelo, es mi gran oportunidad para salir de la mesa de cierre», he mentido a mi mujer. De momento ha colado, pero sé que la excusa no puede durar. Dipsómano, depresivo y divorciado: voy lanzado a por mi tercera medalla, mi tercera letra D. Pienso en los niños y ni siquiera así consigo que se me pase la erección. Salvo su culo tatuado, todo me da igual. Nunca antes había tenido la oportunidad de meter la pata así, en estéreo, a lo grande, como lo hice por Vicky.

XII

LEALTAD

Se llama Jorge Régula. A estas horas de la noche, ya estará volando desde Bogotá y aterrizará mañana en el aeropuerto de Barajas a las 12:05 del mediodía. A través de una agencia, ha alquilado un apartamento amueblado en el centro. Lleva encima 10.000 euros en metálico, para imprevistos, y la llave de un apartado de correos en Madrid, donde le esperan un teléfono móvil y otros 30.000 euros más. Tiene órdenes sencillas y precisas. Cuando aterrice, debe alquilar un coche con GPS en el aeropuerto, vaciar el apartado de correos, recoger nueve kilos de cocaína pura de un chalé en una urbanización en Boadilla, llevarlos al apartamento y esperar allí nuevas instrucciones por el móvil. Jorge Régula no lo sabe, pero un tal Aleksander Kowalski del que jamás ha oído hablar formará parte del comité de bienvenida.

Alek también tiene instrucciones. Sabe el lugar y la hora. Jorge Régula no será peligroso porque no irá armado, o al menos eso dicen sus amigos, los mismos colombianos que le pasarán la droga en Boadilla. Alek tiene que llevarse el dinero y la coca del apartamento sin que nadie salga herido. La coca es para ellos, los 40.000 euros son para él.

—O sea, que quieren que le robes después de venderle la coca para quedarse con la pasta y con la droga.

—Qué va, periodista —me contesta Alek—, que esto no es por la droga, si el tipo trabaja para ellos... Es una cuestión de lealtad. Lo más normal es que, después de que le pegue el palo y le haya dejado sin pasta y sin coca, el tío se cague, vaya con ellos y les diga lo que ha pasado. Los colombianos harán como que se cabrean mucho con él, pero después le perdonarán.

—¿Y qué ganan ellos? Porque tú te llevas 40.000 euros...

—Ya te lo he dicho: lealtad. Nueve kilos de coca es mucha deuda, así los colombianos están seguros de que les será leal siempre. Le perdonan y así le tienen controlado con el miedo y con los intereses.

—¿Y si el colombiano en vez de pedir perdón intenta huir?

—Ninguno lo hace. No se puede huir de unos tíos así. Si no pagas tú, se lo cobran a tu familia y todo el mundo tiene madre o un hermano o un primo. Además, si huyen sin la pasta y sin la coca, el cártel no pierde nada. Un soldado que no ha pasado la prueba y nada más.

—Joder, qué retorcido.

—Ya te digo. Pero es como con las mujeres. A ver, si tú engañas a tu mujer, te pillan y te perdona, ¿qué pasa después? Pues que ya te tiene controlado.

—Eso es verdad.

—Pues no te pegues tanto al culo de la Vicky, que te pasas la vida en su barra y tú

estás casado, mamoncete —dice el cachondo de Velasco, que acaba de llegar. Paso de responderle.

—Pero ¿qué pasa si el colombiano en vez de pedir perdón a sus jefes intenta recuperar la coca y la pasta por su cuenta? ¿No tienes miedo de que vaya a por ti?

—A ver, el tipo va a estar sin armas ni nada porque acaba de aterrizar desde Colombia —dice Alek—. Por no saber, no sabe ni dónde queda la puerta del Sol. No conoce a nadie más que a los otros colombianos, no puede pedir ayuda a nadie, y a mí, con un pasamontañas en la cabeza, ya te digo que no me va a reconocer si es que de casualidad se vuelve a cruzar conmigo alguna vez en Madrid.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Les has dicho ya que sí?

Alek se encoge de hombros. Es obvio que lo hará. No lo dice en voz alta, pero no es por la pasta, es una cuestión de lealtad, tal y como la entienden los colombianos. Alek metió la pata con la Chamonix y todavía no ha terminado de pagar por su error.

XIII

EN MALA HORA

Jorge Régula fue puntual hasta el último momento, siempre un minuto por delante del horario previsto. A las 12:04 su vuelo aterrizó en Madrid procedente de Bogotá. Bajó fresco del avión, volaba en primera. A las 12:26 pasó los controles de inmigración y recogió su equipaje.

—¿Razón del viaje?

—Negocios.

Siempre negocios. Jorge Régula tiene un visado temporal de 90 días con sello de la embajada, días de sobra; hizo falta un soborno para presentar un certificado de penales limpio, pero de esas cosas siempre se ocupa el abogado.

—Aquí tiene su pasaporte, puede pasar.

12:57. Ya está montado en un BMW alquilado, camino de la oficina de correos del paseo del Prado. No es su primera visita, aunque aún necesita el GPS del coche para orientarse. Madrid está vacío esta semana. Régula no se ha dado cuenta, pero una moto le sigue desde el aeropuerto. 13:23. Recoge la correspondencia del apartado postal: un teléfono móvil de prepago sin desembalar y 30.000 euros en billetes. 14:12. Al fin caras conocidas en un chalé de la urbanización Montepíncipe, en Boadilla.

—¿Cómo le fue?

—Bueno, tuve buen vuelo.

—Bienvenido a Madrid. ¿Por qué no come con nosotros? Cocina Lisseth.

—Claro que sí.

16:37. Jorge Régula sale del chalé con nueve kilos de cocaína sin cortar en una bolsa de deporte. Ha bebido algo de cerveza en la comida así que intenta conducir despacio, no es el mejor día para tener un accidente en la carretera. Sigue sin saber nada, pero la moto que le sigue desde que salió del aeropuerto aún está detrás de él. 17:12. Deja el BMW en el aparcamiento de la plaza del Carmen. Ya no lo conducirá más. Recoge su maleta, la bolsa de deportes con la coca, el teléfono móvil y el dinero. 17:18. Pide su última Coca-Cola en la cafetería del hotel Liabeny mientras espera a la chica de la agencia. 17:32. Llega la chica, firma los papeles pendientes del piso y recoge la llave.

—Le acompaño y le enseño el apartamento.

—No, no es necesario. Seguro que estará todo bien.

17:46. Régula llega al apartamento de la calle Tres Cruces: salón, una diminuta cocina, un baño con plato de ducha y una habitación. No es demasiado grande pero está limpio, bien decorado y es céntrico, con una ventana desde la que se puede ver la Gran Vía. Deja su maleta, el dinero y la bolsa de deporte al lado de la cama, saca el

móvil de la caja y lo pone a cargar. Sus instrucciones son claras: debe esperar en el apartamento hasta que el móvil suene y le indiquen qué hacer con la cocaína. Tiene algo de sueño, el cansancio del avión. Enciende la tele, se quita los zapatos, se suelta el último botón de la camisa y se tumba en el sofá del salón.

21:32. Alek sale de su casa, un adosado en Alpedrete, cerca de la sierra de Guadarrama. Carga dentro de una mochila un chaleco antibalas, una tres cuartos de cuero, un pasamontañas, unos guantes, un cuchillo y una pistola Tokarev semiautomática, calibre 7,62, con ocho balas dispuestas y otros dos cargadores más. Monta en su todoterreno negro y conduce hacia Madrid. 22:14. Llega al aparcamiento de la plaza del Carmen. 22:16. Entra en el portal de la calle Tres Cruces; los colombianos le dieron una copia de las llaves. Llama al ascensor. Entra en él y pulsa el botón de la última planta. Mientras sube, aprovecha para colocarse el chaleco antibalas, la chupa de cuero, los guantes y el pasamontañas. Sexta planta. *¡Ding!* Se abre la puerta del ascensor.

22:18. Alek esconde el cuchillo en su bota y empuña su pistola Tokarev. Termina de prepararse, se ajusta el chaleco antibalas, bloquea la puerta del ascensor con la mochila para que se quede en esa planta y llega al apartamento 6º D. La puerta está entreabierta, alguien ha forzado la cerradura. Alek le quita el seguro a su Tokarev y entra con todo el sigilo que le permiten sus dos metros. Se oyen ruidos en la casa; la tele está encendida. No hay rastro ni del dinero ni de la coca: solo una enorme mancha de sangre en la pared y, bajo ella, el cadáver de Jorge Régula. En la calle suena una sirena de policía.

XIV

LA HUIDA

A Alek solo le quedan unos pocos segundos para decidir qué hacer. Lleva una pistola en la mano, un pasamontañas y un chaleco antibalas bajo una chupa de cuero en pleno agosto. Tiene un pasaporte polaco caducado, entrenamiento militar, un cuchillo dentro de la bota, una sirena de policía sonando en la calle y un cadáver calentito con una enorme herida de bala en la cabeza a dos metros de su punto de mira. También tiene la certeza de que él y su pistola serían declarados inocentes en una prueba de balística porque él no disparó, de eso está seguro; pero no piensa quedarse para explicarle a la policía que esto no es lo que parece.

La policía. El sonido histérico de la sirena le recuerda que ya ha gastado cinco segundos y que aún sigue ahí, mirando la mueca idiota de Jorge Régula al morir. La muerte, qué hija de puta. Alek, te presento a Jorge Régula. Jorge, te presento a Aleksander Kowalski. Jorge, no te molestes en levantarte, que para eso tú estás muerto. Alek se ríe de su propio chiste y baja la pistola. Le entra vértigo por un segundo y se apoya en la pared. «Joder, joder, joder».

La sirena ni se acerca ni se aleja, así que ya están aquí. Alek reacciona al fin. Sale del apartamento, se asoma por el hueco de la escalera y ve a dos polis que suben a pie, sin esperar el ascensor. Tiene suerte: ellos no le han visto. Pero su suerte termina ahí. El sexto piso es el último. No hay más, y sus segundos se acaban.

Alek oye un ruido a su espalda, se gira y apunta. Desde el momento en el que cruzó la puerta del piso de Régula no ha guardado su pistola. Un vecino asustado, un cotilla de rellano, tiembla frente al cañón de su Tokarev con la puerta de su casa entreabierta, la puerta del paraíso. Alek avanza hacia él, le amenaza con el arma, hace un gesto con el dedo para que esté calladito y entra en el piso mientras cierra la puerta sin mirar atrás, sin hacer mucho ruido.

El vecino está cagado. Él y su gato, que maúlla detrás de los pantalones de su pijama. Las paredes son de papel y tras la puerta se escucha la conversación de los polis, que ya están en el sexto. «Fijo que es una falsa alarma, y ya van tres hoy». Alek no deja de mirar a los ojos del vecino entrometido, que se está meando en los pantalones mientras en voz baja dice: «Por favor, no me mates». Alek está casi tan nervioso como él; no baja la pistola y con el índice de la mano izquierda vuelve a hacerle un gesto para que se calle, joder.

La poli ya ha descubierto a su amigo el colombiano. Los oye pedir refuerzos por radio. «Esto va en serio, tenemos un cadáver, un muerto por arma de fuego. Hay que bloquear la calle y registrar el edificio. Nos acaban de llamar hace dos minutos y es probable que el asesino siga por aquí. Hemos encontrado en el ascensor una mochila con dos cargadores de pistola dentro».

Alek saca el cuchillo de su bota. Lllaman a la puerta de la casa mientras el meón entrometido sigue mascullando que no le mate, que no le mate. Como si le dejase alguna otra opción con el ruido que está haciendo.

XV

MIAU, MIAU

Alek no tendría que haber matado al viejo histórico. Ha sido una estupidez. Con un buen golpe en la cabeza habría bastado para que se callase. Ya tenía suficientes problemas como para sumar un asesinato a la lista. El edificio está lleno de polis. Han vuelto a llamar al timbre mientras Alek aguantaba la respiración y el puto gato maullaba junto a su amo degollado. No han insistido más y él ya lleva dos horas así, noqueado, sentado en el suelo, en penumbra, con la espalda apoyada en la puerta del piso y la pistola Tokarev en la mano.

La casa es pequeña y está vacía. El viejo vivía solo con el gato, que ahora está mordiendo los dedos de los pies al cadáver, a ver si así despierta. Pobre animal. Alek se quita un guante y rasca al minino detrás de las orejas. Es casi un cachorro, pelirrojo, patilargo y desgarrado. Ronronea y frota su cabeza contra la manaza del asesino. «Si salgo de esta, te prometo que tú te vienes conmigo. Te voy a llamar *Ratón*». Alek coge al huerfanito, es poco más grande que su mano. Se levanta del suelo y revisa otra vez el piso mientras acaricia la barriga de *Ratón*; le tranquiliza.

El apartamento limita al norte con un patio interior minúsculo e impracticable, lleno de aparatos de aire acondicionado; al este con la calle Tres Cruces, abarrotada de coches de policía; al sur con una pared y al oeste con el rellano contiguo al escenario del crimen, al apartamento donde alguien mató a Jorge Régula. Alek lleva más de dos horas escuchando a la poli interrogar a los vecinos del edificio. «El 6º D lo lleva una agencia», cuenta uno de ellos. «Lo alquilan por semanas a turistas. Casi siempre extranjeros que quieren conocer Madrid. Tienen otros dos apartamentos más en el bloque, el 5ºA y el 3º B».

También sabe que ya han identificado al colombiano, encontraron su pasaporte en una bolsa de mano.

—Un ajuste de cuentas —dice uno de los polis.

La frase le tranquiliza. A ojos de la Policía, el difunto Régula es casi tan culpable como su asesino. Es viernes y no tardarán mucho en largarse de allí.

Alek prepara su coartada: una bolsa de basura. Mete en ella el chaleco antibalas, la pistola y el cuchillo. Se asoma otra vez a la ventana que da a Tres Cruces, son casi las dos de la mañana y ya no se ven coches patrulla allí abajo. El pasillo también parece despejado. Guarda a *Ratón* en el bolsillo de su chupa de cuero. Coge la bolsa con su basura y las llaves del piso. Sale del apartamento. Respira hondo. Seis pisos más abajo está la noche, la libertad.

Los escalones se hacen eternos. Alek no llama el ascensor ni enciende la luz porque se ha quitado los guantes y prefiere no tocar nada sin ellos. No hay nadie en la escalera y al fin llega al portal.

—Hola, buenas noches —le dice un policía que le abre la puerta de la calle—. ¿Le han tomado ya declaración?

—Buenas noches, agente. Sí, ya he hablado con un compañero suyo.

—¿De qué piso viene?

—Estoy en el 5ºA —improvisa Alek—. Lo he alquilado por dos semanas a una agencia mientras busco algo más permanente, acabo de mudarme a Madrid.

—Muy bien, gracias.

—Gracias —responde Alek, mientras cruza el umbral, justo en el momento en el que el gato comienza a maullar.

XVI

LA PESTE

Nunca llegué a enterarme de lo que pasó al final con el cadáver del viejo. Alek nunca me lo contó. Supongo que volvería unos días después a la casa de Tres Cruces para poder enterrarlo en otro sitio donde se pudiese pudrir a gusto. O puede que lo dejase ahí, a 40 grados sobre la moqueta, y que nadie lo echase de menos a pesar de ese hedor que, día tras día, debió de apoderarse del pasillo del sexto piso. ¿Cuánto tarda un cadáver en apestar un edificio?

Lo busqué en Internet y hay casos de ancianos que se mueren solos en casa y que pasan más de un mes pudriéndose hasta que alguien se entera por el olor. Durante el resto de agosto revisé los periódicos para ver si decían algo del viejo. No vi nada. Tal vez lo encontraron en septiembre, aunque para entonces ya daba igual. Para entonces yo también estaba muerto.

Del otro cadáver, del colombiano Jorge Régula, sí se supo mucho más. La peste de su muerte atufó los telediaros al día siguiente. A diferencia del tiroteo de la Premium, que apenas se llevó un par de breves, el crimen de la calle Tres Cruces fue como agua de mayo para el aburrido agosto de las televisiones. Era el tercer asesinato en pocas semanas relacionado con las drogas: dos colombianos a tiros y un mexicano torturado, desangrado en una alcantarilla. Los medios relacionaron los tres casos y los convirtieron en un titular. «Guerra de bandas de narcos», decían, mientras especialistas salidos de no se sabe dónde teorizaban sobre la delincuencia organizada en Madrid.

Yo tuve la exclusiva de la muerte de Jorge Régula un día antes de que el asesinato invadiese las pantallas. Si no fuese por ese micrófono en mi teléfono móvil, ese pequeño detalle que me convierte en un soplón policial, hubiera sido el primero en dar la noticia. Como siempre, la prensa libre e independiente llegó tarde y encima lo contó mal. Hay una teoría que dice que, siempre que conoces un hecho porque eres protagonista o porque lo has visto de cerca, lo normal es encontrar una media de tres errores en cualquier información publicada sobre ese asunto. Por corto que sea el texto, siempre hay tres errores cuando lees algo de lo que sabes y que no te lo tienen que explicar. La teoría de los tres errores es una de las causas por las que nadie cree ya en los periódicos: el lector, que en esa ocasión sí conoce la verdad, se pregunta, con razón, cuántos otros errores habrá en esas otras noticias de las que ni sabe ni puede contrastar; cuántas mentiras le cuelan cuando le explican lo que pasa en La Moncloa, en la Bolsa de Madrid o en la invasión de Libia. La noticia sobre el asesinato de Jorge Régula también tuvo tres errores: el becario que firmó la información puso mal la hora, el lugar y hasta el nombre del muerto. Según mi periódico, un tal José Recula fue asesinado a primera hora de la mañana de un

disparo en el portal de su edificio, cuando salía a desayunar. El texto pasó por mis manos, por la mesa de cierre. Dejé los tres errores sin corregir, no quería dejar pista alguna en la redacción sobre lo que sabía de la fauna y flora de la Premium.

Alek no vino a trabajar esa noche y Velasco, cara larga, no paró de salir a la puerta de la Premium para hablar por el móvil. Fue él quien me lo contó.

—Joder con el Alejandrito. Se ha metido en un lío de cojones.

—¿Lo han detenido? ¿Le ha pasado algo?

—Que yo sepa no, aunque no me coge el teléfono. Pero el colombiano al que tenía que robar está muerto.

—¿Lo ha matado? Pero ¿por qué? ¿No tenía que robarle sin hacerle nada?

—No, si Alek no ha sido, fijo que no. Me cuentan en la comisaría que al colombiano se lo han cargado con una nueve milímetros, y él no gasta esa munición. Alek lleva una Tokarev de puta madre, calibre 7,62. Puede atravesar un chaleco antibalas.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque esa pistola se la regalé yo.

Días después, descubrí que había otra razón de gran calibre por la que Velasco estaba tan seguro de que Alek no había matado a Jorge Régula.

XVII

DON BENITO

No supe de Alek en dos días y al tercero se plantó con su todoterreno negro en la puerta de mi casa, en la calle Sodio. Parece que todos en la Premium sabían dónde vivía mejor que yo.

—Periodista, monta en el coche, anda.

—Espera, que subo a por el móvil y la cartera, que me pillas bajando la basura.

—No hace falta, si es un minuto.

Dudo un momento. Mi móvil es mi seguro de vida. El teléfono emite una señal con mi posición y la policía también puede escuchar todo lo que pasa cuando lo llevo encima. Sin él, voy desnudo. Alek insiste y sale del coche.

—Venga, que tengo que hablar contigo.

Ciento diez kilos y casi dos metros de polaco con ojeras y sin afeitarse: es mejor por las buenas.

—¿Cómo estás? ¿Qué te ha pasado estos días? —pregunto después de un silencio incómodo. Me asusta que Alek se dé cuenta de que estoy acojonado. Me hace parecer culpable.

—Mal, tío. Me la han jugado.

Alek sale a la M-30, dirección sur. Anochece, la carretera está casi vacía y pronto entramos en los túneles del Manzanares. Alek empieza a hablar mientras conduce, está muy cabreado. Me cuenta lo que pasó en la calle Tres Cruces. Que el tal Jorge Régula al que tenía que robar por orden de los colombianos ya estaba muerto cuando llegó; que no había rastro ni de la coca ni del dinero; que alguien avisó a la poli; que se coló en el piso de al lado y que mató a un viejo mientras huía; que ahora tiene un gato y un montón de problemas. Que va a hablar con los colombianos.

—¿Con los colombianos? ¿Y qué les vas a decir?

—La verdad, tío, no tengo otra. Pero para eso te necesito a ti.

—¿A mí? Yo no pienso hablar con esos tíos.

—No, si no es eso. Con ellos ya hablo yo. Si te lo cuento es porque quiero que vayas a la poli si me pasa algo.

—¿Y qué le digo yo a la policía? ¿Que tú no mataste a Régula y que ahora no sé dónde estás?

—No, no tienes que decir nada de lo que pasó en Tres Cruces, tú de eso como que no sabes nada, ¿vale? Si me pasa algo, les tienes que contar a la poli que don Benito está en este chalé de Boadilla. —Alek me pasa un folio doblado de papel con una dirección escrita con mala letra, como la de un niño pequeño. Hay también varios nombres y algunos números de teléfono—. No olvides el nombre: don Benito. Si tardo más de 48 horas en llamarte, se lo tienes que pasar a la poli. Les dices que el

folio te lo ha pasado una fuente, pero no cuentes nada más.

—¿Sabes ya quién mató a Jorge Régula?

—No lo sé. Lo he pensado mucho pero no lo sé, tío. Hay dos opciones: o fueron los colombianos o fue alguien que se enteró y me tendió una trampa. A la poli la tuvieron que llamar en cuanto entré en el edificio, no tardaron nada en aparecer. El que se cargó a Régula quería que me pillaran allí mismo, con el cadáver. Me libré de puta casualidad.

—¿Quién sabía que estarías allí?

—Los colombianos, Velasco y tú. Nadie más. Aunque los únicos que sabían todos los detalles, el sitio y la hora, eran los colombianos. Yo me enteré de la dirección del piso esa mañana, cuando me pasaron las llaves del apartamento, y no se lo conté a nadie. ¿No contarías tú algo? ¿Lo hablaste con alguien más?

—No, tío. ¡No jodas! —Estoy mintiendo. Hay una tercera persona que lo sabía, la primera que me habló de todo esto: Vicky, la camarera.

—Nah, no te preocupes. Sé que tú no has sido. No te lo tomes a mal, periodista, pero no te veo yo cargándote a un narco para robar nueve kilos de cocaína. No te va mucho.

—¿Y Velasco? ¿Puede haber sido él?

—Pues no te creas que no lo he pensado, pero no, no jodas. Velasco es un puto cabronazo, pero no me haría nunca una cosa así. Además, él tampoco sabía la dirección del piso de Tres Cruces. Aunque me la hubiese querido jugar, no se me ocurre cómo habría podido dar ese palo. Tienen que haber sido los colombianos, joder. Se querrían cargar a ese pavo y me han usado para que me comiese el marrón.

—¿Y estás seguro de querer ir a verlos? Si han sido ellos, te la pueden jugar otra vez.

—Ya, tío. Pero de los colombianos no me puedo escapar. De estos tíos uno no se escapa. ¿Adónde me voy a ir? ¿A la legión extranjera? Además, otra posibilidad es que sea una de sus pruebas de lealtad, que me hayan hecho esta para que les deba una gordísima y tenerme pillado, lo mismo que me habían encargado con Régula pero al revés. Tengo que ir a verlos, no tengo otra. Pero por eso te necesito a ti. Tú puedes ir a la poli si no te llamo en dos días. Si me pasa algo, te dejo que cuentes toda la historia en el periódico si quieres. Pero, por favor, guarda ese papel, ahí está todo. Eres mi seguro de vida.

Alek conduce de vuelta y me deja en el portal.

—Gracias, tío, te debo una muy gorda —se despide el grandullón con un abrazo que me deja sin respiración.

Busqué en Internet al tal don Benito: es el jefe del cártel del Norte del Valle, uno de los capos más peligrosos del mundo. El gobierno colombiano está peinando la selva con helicópteros para atraparlo y el tío está aquí, en la urbanización

Montepríncipe de Boadilla. Me encanta hacer amigos nuevos.

XVIII

LA ESTUPIDEZ

Alek se equivocaba. Fue Velasco quien se la jugó, quien se cargó a Jorge Régula, quien se llevó los nueve kilos de coca y los 40.000 euros y quien llamó a la policía en cuanto vio a Alek entrar en el edificio de Tres Cruces. Velasco no sabía dónde sería la operación, pero tenía un nombre y los contactos suficientes como para completar la información. Un amigo del CNI le consiguió el número de vuelo de Régula y los datos de su pasaporte. Otro colega del aeropuerto le pasó la matrícula del BMW que había alquilado en Barajas. Bastó con esperar en el aparcamiento y seguirlo tranquilamente con una moto desde allí.

Solo dos cosas fallaron en el plan de Velasco. La primera, que Alek se escapó de la encerrona. Si le hubiesen detenido en el piso de Tres Cruces, con el cadáver caliente, hasta los colombianos habrían pensado que Alek había matado a Régula. La coca y la pasta no aparecerían en el atestado policial, pero tampoco sería la primera vez que la poli se queda con el botín, nadie habría sospechado nada raro en el cártel del Norte del Valle. A Alek le esperaba la cárcel y alguien se lo cargaría allí dentro en memoria de Jorge Régula. Descansen ambos en paz. Fundido a negro. Fin.

El segundo error de Velasco fue más difícil de evitar: era su propia naturaleza, su manera suicida de actuar. Si Velasco hubiese sido un poco menos estúpido, nada de esto habría pasado. Alek habría muerto esa misma tarde con los colombianos y yo seguiría vivo. No era tan difícil, lo más complicado lo había hecho ya. Le habría bastado con esconder los nueve kilos de cocaína unos meses hasta que todo se calmase. Pero no: a pesar del primer error, Velasco se siente infalible, seguro, intocable tras su placa de policía. Va sobrado, como esos soldados veteranos a los que la muerte siempre roza pero nunca mata, los que se lanzan contra la trinchera enemiga gritando «*banzai*». El tarado de Velasco se cree inmortal, como los supervivientes de un accidente de aviación. Siempre se apuntará a un bombardeo. En el papel de bomba, a ser posible.

Los estúpidos son imprevisibles, por eso siempre se les subestima. La estupidez kamikaze de Velasco nos explotó en las narices unos días después, cuando aún no habían pasado ni tres días desde que matase a Jorge Régula. El muy imbécil habló con el chavito Alejandro Escalante, uno de los mexicanos del cártel de Sinaloa, para venderle los nueve kilos de cocaína. «Qué onda, compa. Deja que pregunte si interesa allá y ahorita hablamos. Mañana mismo te digo el precio». A diferencia de Velasco, el chavito Escalante no era ningún estúpido. Pasó de los suyos, porque sabía que habría menos comisión, y se fue a platicar con Isabel Duro, la dueña de la sala Colt. La Duro le dijo que bueno, que a cuánto, que sí, que tal vez. Y como ella era colega de los búlgaros y nueve kilos son muchos kilos, preguntó a Georgi si quería la mitad. Georgi

respondió que vale. Pero que a 25.000 el kilo como mucho. La Duro llamó al chavito, «que ok», mientras Georgi empezó a preguntar para colocar el kilo «a 35.000, que está sin cortar». Tres horas después, Georgi el búlgaro pasó el recado a los colombianos del Norte del Valle: que si querían cinco kilos de coca a 35.000, que si interesaba podía conseguir hasta nueve kilos de la misma partida, que es muy pura, que es de primera calidad.

—Nueve kilos, dice. Pues ya es casualidad.

Don Benito baja al sótano.

—Suéltelo, que el *man* está diciendo la verdad.

Y sobre Alek se abre el cielo, aunque ahora mismo, después de tantas patadas en la boca del estómago y tanto tragar agua en la bañera, ya no sabe distinguir entre el arriba y el abajo. Lo agarran de los hombros, lo ponen erguido, le quitan las esposas.

—Te la voy a dejar facilita: tenés dos semanas para recuperarme el polvo. Hablate con el pirobo de Georgi el búlgaro, que acaba de llamar pa' ofrecernos nuestra propia merca. Averíguate quién se bajó a Jorge Régula, recupérame la merquita y le pasás la cuenta al malparido ese. Y que no se te olvide: dos semanas, papito. Ni un día más.

XIX

ARDE MADRID

Alek llamó al día siguiente para avisarme de que aún seguía vivo. Qué detalle. Ya no hacía falta que fuese a la policía para contarles que el tal don Benito, el único capo que aparece con nombre y apellidos en el último informe del Congreso estadounidense sobre narcotráfico, está escondido en una peligrosa selva de enanos de jardín en la urbanización Montepríncipe, Boadilla del Monte, Madrid. Que alguien avise a Obama: ya no necesita siete bases militares en Colombia. Mejor que mande un taxi con cuatro marines desde Torrejón, le saldrá más barato.

—¡Será por dinero! Vamos a quemar Madrid —me grita Velasco.

Yo también sigo vivo, por ahora. «Disfruta del momento, periodista». El pirómano Velasco pasó a buscarme por la redacción para tomar unas copas, «que con este calor no hay quien duerma». Son ya más de las tres. Voy en el asiento del acompañante de un Mercedes *coupé* descapotable conducido por un poli tarado que prepara dos rayas como gusanos de seda sobre una abultada cartera, curvada de billetes, mientras maneja el volante a 140 kilómetros por hora por la Castellana. Me pasa el turulo.

—¡Sonríe! —grita Velasco, mientras pega un acelerón para que salte el flash de uno de los radares de Castellana—. Mañana hablo con Tráfico y les pido la foto, fijo que has salido guapísimo.

Disfruta del momento, dice el psicópata. Y yo me aferro al reposabrazos como si colgase de él mientras calculo las probabilidades que tengo de salir vivo si chocamos a esta velocidad. Tira un dado: si sale cualquier número estás muerto.

—¿Te acuerdas de cuando me preguntaste por los conductores suicidas de la discoteca Chamán? —me dice Velasco.

—Sí, ¿por?

—¿Qué te apuestas a que llego desde aquí hasta Colón en dirección prohibida?

—¡Hijo puta!, ¡que nos matamos! Además, la gracia de esas apuestas es que las hagas conduciendo tú solo, no conmigo de copiloto.

—¡Mira que eres cagao!

Velasco me mira. Sonríe como el puto gato de Cheshire. Pega un volantazo y entra en el carril contrario, a la altura del puente de Juan Bravo. Hay apenas un kilómetro hasta la plaza de Colón, solo 30 segundos a la velocidad a la que vamos lanzados, pero mi sentido de la supervivencia entra en pánico y pasa a modo *bullet time*; cámara lenta, medio minuto eterno, mientras volamos a toda velocidad. Escucho chirriar los neumáticos de los coches que se apartan y frenan para no chocar contra nosotros y después el golpe que se da un Volkswagen Tiguan contra un Ford Fiesta al que arrolla al entrar en su carril para huir del nuestro. En el paseo de la

Castellana, esta noche, a las tres de la mañana, ha quedado en evidencia qué papel le toca a cada cual. En este juego de la gallina, Velasco ha dejado claro a todos los que vienen en la buena dirección que está más loco que nadie y que tienen que ser ellos quienes se aparten porque él no va a ceder. El gordo cabrón grita como una sirena, algo como un «yuuuuu» mientras yo me aferro al cinturón de seguridad; como si a esta velocidad me fuese a salvar de un choque frontal. Al fin llegamos a Colón, vamos a una discoteca que está detrás de la Biblioteca Nacional. Velasco hace un trompo y aparca en doble fila. Los gorilas de la puerta se llevan la mano a la oreja y alguien desde el otro lado del pinganillo les dice que ni se les ocurra tocar al colgado de Velasco, que es un secreta. Subimos al reservado.

—¡Champán! —grita el nuevo rico mientras se pone otra raya.

Aún no soy consciente de dónde sale tanta pasta y tan buena coca. Creo que fui el último de todo Madrid en enterarme.

—Periodista, tenemos que hablar.

—¿Tenemos que hablar? ¿Qué pasa, vas a cortar conmigo? —bromeo mientras me agarro a mi móvil.

No me ha gustado la cara de Velasco al decir esa frase. Espero que el policía que está escuchando a través del teléfono no se haya ido a mear.

—Pues mira, justo va de eso. Conmigo no vas a cortar, carnal. Pero como vuelvas a tocar a la Vicky, te parto las piernas con una barra de plomo. Hazme caso, esa chica no te conviene.

XX

VIEJOS FAVORES

La noche siguiente, con ella en su apartamento, descubrí por qué Velasco no quería que me acercase a Vicky. Era evidente: habían estado juntos. Ella misma me lo contó cuando saqué el tema. «Nada serio, fue hace unos meses». Tal vez aún follaban de cuando en cuando, no quise preguntar más. Pero no eran solo celos. Había otra cosa que preocupaba a Velasco: la información.

—¿De qué se conocen Alek y el bocazas de tu ex? —pregunto a Vicky mientras fumamos un porro en la cama, desnudos sobre las sábanas.

—Se conocen desde hace ya mucho, Velasco todavía no era poli. Curraban juntos en las puertas y dando palizas por encargo. Alek entonces no era tan tranquilito como ahora, que se ha empeñado en ser una buena persona. Y Velasco...

—Estaba igual de tarado, ¿no? Ya te vale liarte con él.

—Nene, que yo nunca me arrepiento de nada. —Vicky me da un beso y pone morritos—. ¿Qué pasa? ¿Estás celoso?

—¿De ese bruto psicópata? Para nada. Yo nunca he criticado que al Taj Mahal de la India le hayan puesto nombre de puticlub.

—Pues mejor para ti. Pero que sepas que Velasco es buena gente a su manera. Y conmigo siempre se ha portado bien. Y con Alek. A Alek le salvó la vida.

—¿La vida? ¿Qué hizo? ¿Le ayudó a dejar de fumar?

—No seas tan listillo. —Vicky me vuelve a besar. No soy nada listillo, más bien soy estúpido. No debería verme con ella y aquí estoy: jugándome un divorcio y unas piernas rotas, hecho un campeón.

—¿De verdad que le salvó la vida?

—Que sí. Fue hace muchos años. Alek cortó en la puerta de la Neón a Jorge Duro, el hermano de la Isabel Duro. Le dio una paliza. Sabes quién es, ¿no?

—No. ¿Quién coño es Isabel Duro?

—Puff, nene. Esto va a ser largo. A ver. El hermano mayor de Isabel era Paco Duro, uno de los jefazos de los Florida. ¿Sabes quiénes son los Florida o tampoco?

—¿Los mafiosillos esos de discoteca de los noventa? Sí, esos sí me suenan. ¿No los detuvieron ya hace años?

—No del todo. La mayoría de ellos acabaron muertos, se mataron entre ellos. A Paco Duro se lo cargaron en aquella movida y sus hermanos se quedaron con su negocio pero ya sin los demás Florida. Tienen varias discotecas: la Colt, el Spam, la sala Oil, el Rajá... Isabel es la mayor, vive en un chalé de La Moraleja. Dicen que tiene un guepardo vivo en casa que era de su hermano, de Paco. Maneja mucha pasta de la noche de Madrid. Jorge Duro es el hermano pequeño, tendrá más o menos tu edad, un poco más. Hace ocho años o así intentó entrar en la Neón con zapatillas y

Alek no se dio cuenta de quién era y no le dejó pasar. Se puso chulo y al final Alek le acabó dando un par de hostias. Después de aquella casi lo matan. Jorge Duro contrató a unos sicarios para que se cargaran a Alek. Pero Velasco lo arregló.

—¿Cómo?

—A su manera. Entró en la casa de Jorge Duro por la noche con un pasamontañas. Le puso un cuchillo en el cuello y le dijo que como le pasase algo a Alek lo mataría.

—¿Y funcionó?

—Sí, funcionó. Velasco siempre dice que cuando pones a alguien en una situación así, acorralado, solo reacciona de dos formas: o se caga o te mata. Y el Duro se cagó. ¿Tú qué habrías hecho?

—Buena pregunta.

XXI

UN MAL LUGAR PARA UN GATO

Algo va mal, porque Alek habla con su gato. Lleva puesta su chupa de cuero y, bajo ella, una camiseta y el chaleco antibalas. Ideal para el verano. Alek ha vuelto a la Premium con el gato en el bolsillo de su chupa. Me tenía preocupado y, ahora que veo la sombra de un ojo morado bajo sus Rayban, me doy cuenta de que no me equivocaba. Gafas de sol a las seis de la mañana dentro de una discoteca a punto de cerrar; bonito cuadro. Alek nunca bebe y ahora está borracho en la barra, con el octavo whisky y su gato pelirrojo, desgarrado y patilargo. Tiene pinta de sonado, como la caricatura de un veterano de guerra: un armario de casi dos metros y más de cien kilos, con el pelo rapado y barba de una semana, que le habla a su gato con acento polaco.

—¿Cómo se llama? —pregunto y me siento a su lado.

—*Ratón*. ¿A que es guapo? No lo quiero dejar solo en casa porque se pone a maullar y me da mucha pena.

—Pues no sé si la Premium es buen sitio para él, con tanto ruido.

—Da igual. *Ratón* es mi amigo y no lo voy a dejar solo.

—Alek, tío. ¿Tú te oyes? Que me estás acojonando.

—¿Sabes quién robó la coca de Jorge Régula?

—No —miento. A estas alturas de la semana, medio Madrid ya sabe que fue Velasco quien se quedó con el alijo, mató al colombiano y le dejó el muerto a su colega. A Velasco solo le ha faltado encargar un neón de dos por dos metros que diga: «Fui yo, ¿qué pasa?». Como Velasco es gilipollas, como se cree intocable por ser poli, se ha pasado los últimos días de juerga permanente, dejando propinas de cincuenta euros a los aparcacoches, poniéndose rayas con forma de espiral en las barras de todas las discotecas.

—Fue Velasco.

—Ya —respondo—. ¿Cómo lo sabes? ¿Estás seguro?

—Hablé con Georgi el búlgaro y me lo contó. Fue él. Seguro.

—¿Y qué vas a hacer?

—¿Qué vamos a hacer, *Ratón*? —pregunta Alek a su gato—. Vamos a matar a ese hijo de puta —se responde a sí mismo con voz aguda mientras mueve la patita del animal.

Alek antes quería ser una buena persona y ahora imita a José Luis Moreno. Genial.

—En fin —sigue hablando Alek, ahora con su voz normal, algo empastada por el alcohol—. Que estoy jodido, tío. ¿Cómo coño se le ocurrió hacerme una putada así?

—No sé, tío. Pero vámonos de aquí, que estás pedo. Venga, vamos a coger un

taxi, que te acompañe a casa.

XXII

CONSECUENCIAS

Una semana después de que Velasco robara y asesinase a Jorge Régula, ocurrió lo inevitable. Tras siete noches presumiendo de coca y de billetes de cien euros por los peores garitos de Madrid, a la octava mañana las consecuencias llamaron a su puerta. Velasco vive en el chalé con el jardín más descuidado de toda la urbanización Los Peñascales, en Las Rozas. Es fácil de encontrar: es la única casa que no aparenta estar habitada por Ned Flanders. Más que un cortacésped, haría falta napalm y DDT para empezar. Tiene una piscina con el agua de color verde fairy en la que hace años que solo se bañan los mosquitos. También tiene una mesa y un par de bancos de jardín de piedra artificial que están tan deteriorados y con tantas hierbas alrededor que más bien parecen los restos arqueológicos de una vieja civilización.

Ding, dong. Velasco sale de la cama y baja a abrir con legañas en los ojos, la boca pegajosa y un aliento como si escondiese un hámster muerto bajo la lengua. No ve a nadie por la mirilla y, con la seguridad que le da su pistola en la mano, abre la puerta. Es un error. Las cuatro consecuencias, grandes como las torres de Chamartín, también van armadas y apenas un minuto más tarde, sin su pistola, esposado, con la nariz sangrando, amordazado, acojonado y vestido solo con unos calzoncillos y un roñoso albornoz azul, Velasco puede ver cómo sobre él se cierra el portón del maletero de un Volvo. El día no ha empezado nada bien.

Los cuatro armarios son minuciosos en el registro de las dos plantas sucias y desordenadas del chalé. Incluso peinan con una pértiga el fondo de la repugnante piscina verde. Mientras tanto Velasco suda, tiembla y espera: no hay otra alternativa. Está tan asustado que la resaca se le ha pasado de golpe. Su corazón late acelerado como el de un gato y el albornoz está empapado de sudor. Dentro del maletero el calor es criminal. «Piensa, Velasco, piensa», se dice a sí mismo mientras intenta tranquilizarse. Los cuatro asaltantes iban encapuchados: es una buena señal. Significa que aún es posible que salga vivo; si les hubiese visto la cara, no tendría esa opción.

La puerta del maletero se abre. Le quitan la mordaza.

—¿Dónde está la farlopa? —pregunta el más grande de los cuatro con acento del este. Velasco está acojonado pero no es gilipollas.

—Cómeme el rabo —responde, y se gana un puñetazo.

Mejor eso que confesar. Si les dice lo que quieren, su vida vale la mitad. El maletero se vuelve a cerrar y el coche arranca. Van a toda hostia, o eso le parece a Velasco, que sufre cada curva y cada bache en sus costillas. Ninguno de los ocupantes del Volvo lo sabe, pero un todoterreno los sigue desde el chalé. Una eternidad más tarde, el coche para al fin. Abren el maletero, están en un garaje.

—Ven aquí, gordo de mierda, que vamos a presentarte a un amiguete que te

quiere saludar.

XXIII

EL MISMO LUGAR, LA MISMA HORA

La octava mañana después del asesinato de Jorge Régula, Alek también se levanta con resaca, pero ese día madruga, tiene algo pendiente en un chalé de Las Rozas. Coge su chupa de cuero, su pistola Tokarev, su chaleco antibalas y su todoterreno. A pesar de sus protestas, esta vez *Ratón* se queda en casa. En una venganza, el gato sobra.

Alek aparca en el cruce y camina doscientos metros hasta la puerta de la casa de Velasco, pero no llama al timbre. Conoce este chalé como si fuese suyo. Hace unos años pasó una temporada escondido aquí, viendo porno y jugando a la PlayStation hasta que se calmó aquel lío con el hermano de Isabel Duro. Sabe que una de las ventanas de la parte de atrás, la de la cocina, cierra mal, y también que Velasco es tan descuidado que seguro que no la ha arreglado. Bingo. Alek se cuela dentro del chalé mientras su involuntario anfitrión ronca en el piso de arriba.

La casa está tan desordenada como siempre, pero Alek sabe dónde buscar: la chimenea. Aparta las cenizas y los troncos a medio quemar y levanta una rejilla de acero haciendo palanca con el atizador. Debajo está el cenicero de la chimenea. Lo saca con cuidado para no hacer ruido y mete la mano en el agujero. Todo sigue en su sitio. En el fondo, hay un cajetín grande y alargado: el baúl del tesoro. Está lleno de fajos de billetes, pero no hay ni rastro de la coca. También hay munición de 9 milímetros y una pistola, una Glock 17. Es extraño: no es el arma reglamentaria de Velasco, que lleva siempre la H&K de la policía. Alek se guarda la pasta y la pistola, deja la chimenea como la encontró y sube las escaleras. Ahora viene la parte más difícil, la que le quita el sueño desde hace un par de días: tiene que conseguir que Velasco confiese dónde está la cocaína. No va a ser agradable para ninguno de los dos. Torturar a Velasco solo tiene una ventaja: que el gordo cabrón sabe perfectamente todo lo que le puede pasar si no habla. Normalmente no es el dolor, sino el miedo, lo que rompe a un hombre. El dolor está en la cabeza. También en la memoria. Alek mira la caja de herramientas, bajo el hueco de la escalera, y espera que Velasco tenga unos alicates y recuerde aquella vez que se emplearon a fondo con uno de los coroneles de la banda de los Florida, un rumano que había estafado a sus jefes y que no quería darles la combinación de la caja fuerte de su casa, un chalé en las afueras, por la carretera de Extremadura. Les costó todo el fin de semana, lo tuvieron encerrado en el sótano de su propia casa, esposado a una silla. Acabó con la cara tan amoratada e hinchada que desde entonces lo recuerdan con un apodo: el osito panda. El tipo tenía huevos. Pero lo que le rompió no fueron las hostias con el puño americano sino los alicates. Estuvieron tanto rato con el bricolaje que podrían haber terminado antes si hubiesen dedicado ese tiempo y las herramientas a la caja fuerte, o

probando contraseñas al azar. Llevó un par de días pero, al final, el osito panda cantó.

Alek desenfunda su Tokarev mientras sube a la planta de arriba. Hay varias fotos enmarcadas, colgadas de la pared de la escalera, la herencia de una novia que vivió con Velasco hace unos años y que se empeñó en que la casa de Herman Munster pareciese un hogar de verdad. Velasco en el ejército, el día de la jura de bandera. Velasco en la Pedriza, subiendo por una pared. Velasco en los sanfermines, con el Tito, el Ivy y algunos borrachos más. Y Velasco con Alek, una foto de la que no se acordaba. Están los dos en una galería de tiro, posando con los auriculares para el ruido aún puestos y las pistolas en la mano, espalda contra espalda. Será de hace ocho o nueve años, los dos están más jóvenes, especialmente Velasco, que entonces también estaba bastante más delgado. «Cómo has cambiado, cabrón», se dice a sí mismo Alek, que deja atrás la foto, le quita el seguro a la Tokarev y llega al pasillo de la planta superior. Hay cuatro puertas, pero Alek se conoce la casa a la perfección. La de la derecha es la habitación de invitados, donde se refugió varias semanas cuando Jorge Duro le quería matar. A la izquierda está el baño y más allá otra habitación, donde está el ordenador. La del fondo es la habitación de Velasco. Aún se le oye roncar.

Ding, dong. El timbre de la puerta le sorprende en la entrada de la habitación. Alek se esconde en la habitación de invitados mientras escucha maldecir a Velasco, que sale de la cama, coge su pistola de la mesilla, se pone el albornoz y baja las escaleras. Las visitas no vienen a vender biblias. Por la ventana, ve cómo cuatro tipos encapuchados arrastran a su antiguo socio y lo encierran en el maletero de un Volvo. Alek no se queda a saludar. Baja corriendo por las escaleras y escapa por la parte de atrás de la casa, por la misma ventana por la que entró. Corre hacia la valla trasera de la casa, salta dos metros hasta otra calle, desde la que regresa al cruce. Monta en su todoterreno y sale a la autovía.

Diez minutos después, da la vuelta. Si Velasco tiene que morir, debe ser él quien lo mate.

XXIV

ALGO PERSONAL

Alek ha tenido una tentación: dejar a Velasco en manos de esos cuatro encapuchados tan simpáticos que lo han encerrado en el maletero de un Volvo, que ellos se ocupen de su venganza, pero da la vuelta y regresa al chalé. Alek se miente a sí mismo, intenta convencerse de que la verdadera razón por la que va a jugarse el tipo para rescatar de una muerte probable al mismo cabrón que le ha traicionado es que aún no ha recuperado la merca de los colombianos. Es una excusa ridícula: Alek sabe que su antiguo socio ya ha vendido los nueve kilos de coca. Ha contado los fajos de billetes que se llevó del escondite, debajo del cenicero de la chimenea: hay más de 300.000 euros, demasiado para Velasco. No hay nada valioso que rescatar del maletero de ese Volvo, pero no puede dejarlo ir.

Cuando llega al chalé, los encapuchados aún están registrando la finca. Alek se acerca sigilosamente hasta el Volvo e intenta abrir el maletero. Está cerrado, necesitará otro plan. Vuelve a su todoterreno y espera allí. Los encapuchados salen al rato del chalé. Abren el maletero y puede ver que Velasco sigue esposado en su interior. Se montan en el coche, arrancan. Alek los sigue.

A diferencia de Velasco, Alek no ha nacido para esto. No es nada personal, solo negocios; pero cuando lo personal se mezcla con los negocios, Alek siempre falla. Por eso nunca aceptó dar una paliza a un amigo cuando trabajaba como cobrador; de esos encargos se ocupaba Velasco.

—¡El mamón de Velasco! —exclama en voz alta mientras conduce su todoterreno tras el Volvo.

Hacía mucho que no pasaba por esa casa, pero la visita le ha hecho recordar aquella vez en la que el cabrón de Velasco le salvó la vida. Nada personal, solo negocios. Probablemente también lo hizo por puro interés: para demostrar algo, porque nadie en Madrid puede tener más huevos que él o porque sabía que no encontraría otro socio mejor en toda Europa. A saber. Lo bueno de Velasco es que es previsible, piensa Alek: es un cabronazo egoísta que siempre hará lo que más le convenga en cada momento y eso también tiene sus ventajas.

Alek tiene ya un plan para librarse del marrón de los colombianos, y el primer paso consiste en rescatar a Velasco. El Volvo llega a su destino: el garaje de un chalé en Alcorcón.

—¿Policía? Sí, llamo para denunciar el secuestro de uno de sus agentes. No es ninguna broma. Tome nota, que le digo el número de placa y la dirección exacta.

Alek da un par de detalles más para que quede claro que la llamada es en serio. «Los tipos que lo han secuestrado llevan un Volvo, apunte la matrícula también. Es la BDZ 234576». Cuelga el teléfono de la cabina y se aleja unos metros mientras espera

el desenlace. La poli no tarda en llegar: dos Citroën Picasso con las sirenas en silencio. Llaman al videoportero. No hay respuesta. Los polis vuelven a insistir mientras uno de ellos telefona con su móvil, intentando conseguir el permiso para poder entrar por las malas. No hace falta. A los pocos minutos, se abre la puerta del garaje y un tipo en una moto Honda y otros cuatro en el Volvo intentan huir. El de la moto consigue escapar. Va con el casco puesto pero Alek reconoce perfectamente esa Honda. Es un modelo tuneado, pintada con llamas: la CBR 1000 Fireblade de Georgi el búlgaro. Los del Volvo tienen peor suerte. Uno de los coches de la policía bloquea gran parte de la salida, el Volvo embiste con fuerza pero no tiene metros suficientes para coger impulso y abrirse camino, no puede salir. Los polis encañonan a las cuatro torres, los esposan y entran en la casa. Diez minutos más tarde, Alek puede ver a Velasco, con el albornoz ensangrentado, que entra por su propio pie en una ambulancia que acaba de llegar. La calle se ha llenado de curiosos y Alek se hace pasar por uno de ellos. Velasco lo ha visto, le mira a los ojos y hace un gesto con la mano, como si fuese un teléfono.

—Sí, mamonazo, tú y yo tenemos que hablar —murmura Alek.

La ambulancia enciende la sirena y arranca.

XXV

TÚ Y YO TENEMOS QUE HABLAR

Velasco llega tarde.

—Qué pasa, tronco, cómo estás.

«¿Que cómo estoy, pedazo de hijo de puta?», piensa Alek.

—Bien, estoy bien. Siéntate, anda.

Son las doce del mediodía en una de las terrazas de la plaza de Olavide, en Madrid.

—Un par de cañas, por favor.

Ayer la conversación telefónica fue tensa y eso que solo hablaron del sitio y de la hora. Ninguno se fía. Los dos han venido con su pistola. El camarero sirve las cervezas mientras Velasco juguetea con una aceituna, el muy mamón, como si no hubiese pasado nada. Hay un silencio incómodo, al menos para Alek, que se pone a mirar la plaza para comprobar que nadie los espía. La terraza está casi vacía a esta hora. Todas las mesas están libres salvo una, en una esquina. Dos señoras con pinta de oficinistas fuman mientras se toman el almuerzo: Coca-Cola light con pincho de tortilla. Desde la terraza, Alek también puede ver el parque infantil que hay en la plaza: niños blanquitos juegan en los columpios mientras sus chachas latinoamericanas, algunas de ellas de uniforme, charlan, pasando de los niños. No hay nada sospechoso en toda la plaza salvo ellos dos. Sigue el silencio un rato más hasta que Alek rompe el hielo.

—¿Dónde coño están los nueve kilos?

—Tío, te juro que yo no... —habla Velasco sin siquiera mirarle a los ojos.

—Para, Velasco, para. Mira, no sigas. No me jodas más, que ya somos mayorcitos —interrumpe Alek.

—Vale, vale. Lo siento, pero ya no los tengo. Se los vendí a un pinche güey, al chavito Escalante.

—Pues tenemos que recuperarlos.

—¿Y cómo coño quieres que lo haga? Ni siquiera tengo ya la pasta. Alguien me la robó el otro día. —Velasco hace una pausa y por primera vez mira a Alek a la cara—. Por cierto, ya me han dicho que un tipo con acento extraño llamó al 091 para avisar de dónde estaba. Gracias por salvarme el culo.

—¿Sabes ya quiénes eran esos tíos?

—Georgi el búlgaro y cuatro más: los macarras de las puertas de los garitos de la Isabel Duro, unos mierdas. Pensaban que aún tenía la coca y querían darme el palo.

Alek se queda callado mientras juguetea con la pistola en su bolsillo. Acaricia el gatillo. Bang, estás muerto. Fantasea con disparar mientras mira a su antiguo socio en silencio.

—Tío, lo siento —dice Velasco con voz compungida.

—Mira, que no —explota Alek—. Que ya te he dicho que no me jodas más con tus gilipolleces. Te lo voy a dejar clarito. Esta es la última putada que me vas a hacer en tu puta vida porque después de que lo arreglemos no quiero volver a verte nunca más. ¿Te enteras? Que tengas claro que si el otro día te salvé el culo es porque tengo que recuperar lo de los colombianos.

—Vale, todo claro. —Velasco respira hondo. Ya sabe de qué va la reunión—. ¿Y yo qué gano?

—Pues dos cosas, tío. Que no te mate y que no les cuente a los colombianos quién coño les jodió. ¿Te parece poco?

—Vale, genio. ¿Y qué coño les vas a decir entonces? ¿Que la coca se la llevó Maradona?

Alek ya lo ha pensado, se ha pasado toda la noche dándole vueltas. Es la clave para que su plan funcione.

—No te preocupes por eso, que ya sé quién se va a comer este marrón. ¿A que cuando te fuiste de juerga dando el cante no estabas solo?

XXVI

SOMOS UN EQUIPO

Después de la primera caña en la plaza de Olavide tomaron otra, y otra más. Velasco no volvió a intentar disculparse y con eso bastó para que Alek aparcase por un rato su cabreo y se centrase en pulir con su antiguo socio los detalles del plan para recuperar la cocaína y arreglar el lío con los colombianos. Tras varios dibujos en unas servilletas y algunas cervezas más, se fueron a comer a un italiano. Velasco intentó ligar con la camarera, Alek le rio las gracias y hasta se ocupó de pagar la cuenta.

Hacía mucho que no trabajaban juntos, más de seis años desde que el polaco gigantón decidiese abandonar la mala vida. Los dos habían cogido algo de peso desde aquella época, sobre todo Velasco, pero seguían siendo la pareja de hijos de puta más peligrosa de todo Madrid. Alejandro Escalante, el puto pinche güey, el chavito de Sinaloa, pronto tuvo oportunidad de comprobarlo.

—¡Ya, ya, carajo, párenle ya! Están pendejos. La violencia no lleva a nada.

Escalante sangra sobre el suelo del contenedor, está temblando y respira muy deprisa. Tiene la nariz reventada, las muñecas y los tobillos atados con cinta americana. Está empapado de gasolina.

—Violencia, dice el tío. —Alek habla pausado, exagerando su acento polaco—. Mira, chavito. A mí también me parece que tú estás siendo muy violento con nosotros. Te hemos pedido un favor muy educados y fíjate cómo estamos. Por tu culpa, que eres muy testarudo.

A Escalante lo cazaron saliendo del gimnasio. Un colega de Velasco les había contado que iba todos los días por allí. Esperaron en la puerta hasta que el chavito salió, sudado después de las pesas y la cinta de correr. Era una calle tranquila, así que bastó con que Velasco se acercase por detrás, le apuntase con su pistola en las costillas, le agarrase del brazo y le dijese un educadísimo «hola, ¿te acuerdas de mí?» para que Escalante accediese a subir a la parte de atrás del todoterreno. Allí lo esperaba Alek, que se ocupó de atarlo y amordazarlo con cinta americana para que fuese calladito hasta ese contenedor abandonado, a cuarenta minutos de Madrid.

—Tronco, vamos a acabar esto ya, que estamos perdiendo el tiempo con este imbécil. Es tan gilipollas que prefiere morirse antes que decirnos dónde está la farla, hay que joderse —dice Velasco, que le pega otra patada en las costillas, se aleja dos metros y saca un Zippo del bolsillo.

—¡No, no! ¡No chinguen! —Escalante se retuerce en el suelo mientras ve cómo Velasco enciende el mechero—. ¡Ya, ya les suelto lo que quieran, pero párenle ya, por favor!

Es casi imposible que Escalante salga vivo de ese contenedor abandonado junto a unas obras inacabadas en Seseña y él también lo sabe. Alek y Velasco llevan guantes, pero no se han molestado en cubrirse la cara; nadie puede estar tan loco como para dar una paliza así a un chaparrito del cártel de Sinaloa y después dejarle ir sin más. Pero Escalante ya no es capaz de pensar con frialdad y confiesa dónde esconde la cocaína. Le aterra morir quemado, aunque el destino que le espera es mucho peor. Alek y Velasco cierran el contenedor con un candado y dejan al chavito dentro: a oscuras, atado y amordazado. Velasco regresará dos días después.

XXVII

AL OTRO LADO

La aséptica sala de interrogatorios tiene poco más que una mesa, un par de sillas y un espejo gigante en la pared. Es la segunda vez en mi vida que piso una comisaría para algo que no sea renovar el DNI. No soy precisamente un sospechoso habitual, pero lo del espejo ya me lo sé de las películas. Resulta inquietante imaginar si habrá alguien detrás, y cuando entra el inspector, el mismo tío con el que ya hablé hace unas semanas, después del tiroteo en la Premium, tengo la sensación de que no estamos solos. Intento tranquilizarme, en los últimos días veo fantasmas por todas partes.

—Periodista, ¿quieres un café?

No soy muy aficionado al género negro, pero el truco del poli bueno también me lo sé.

—No quiero café. Quiero hablar con un abogado y que me expliquéis qué hago aquí a estas horas.

—Va a ser solo un momento y no te hace falta ningún abogado. No estás acusado de nada. Siento las prisas, pero teníamos que hablar contigo cuanto antes por tu seguridad.

No he regresado a la comisaría por propia voluntad. Dos agentes de la policía sin uniforme pasaron por casa a las cuatro de la madrugada. Llamaron a la puerta, me sacaron de la cama y me dijeron que tenía que acompañarles, que eran de la Udyco, la unidad de drogas y crimen organizado de la policía. No me dieron otra opción. Les pedí ver antes sus placas, apunté los números y le dejé el papel a mi mujer con algunas instrucciones más: un pequeño protocolo de seguridad que he creado por si me pasa algo. Ella me dio un beso como si me estuviesen llevando a un paseíllo y me fuesen a fusilar. Yo la intenté tranquilizar, pero supongo que mi cara de susto no ayudó.

En el coche, un Peugeot anónimo, sin identificaciones policiales, me arrepentí de haberle dado ese papel a mi mujer: no quiero que mi familia pague por mis errores. Después de 20 minutos, llegamos a la comisaría de Canillas. Fue un alivio saber que de verdad me llevaban allí.

—Sabemos que un capo colombiano muy importante está en Madrid, un tipo muy peligroso. Le llaman don Benito y es el jefe de los narcos para los que trabaja Aleksander Kowalski, tu amigo el polaco —me dice el inspector.

—¿Alek? ¿Vais a por Alek? Pero si Alek no ha hecho nada. El peligroso de verdad es el loco de vuestro compañero, el cabrón de Velasco. ¿Es que estáis ciegos?

—Eso no es cosa nuestra, no somos asuntos internos. Y el polaco también nos da igual. Si tenemos a cuatro agentes de la Udyco haciendo turnos escuchando tu móvil

desde una furgoneta para cubrirte las 24 horas no es para pillar a un macarra de discoteca.

—¡Pero cómo que no es asunto vuestro! ¡Joder!, ¡esto es un escándalo! ¡Fue Velasco el que se cargó al colombiano del piso de Tres Cruces!, ¡a Jorge Régula!

—¿Tienes alguna prueba de eso?

—Me lo ha contado Alek.

El inspector guarda silencio. Se rasca una ceja.

—Lo miraremos, pero lo del piso de Tres Cruces es lo de menos. Vamos a por los colombianos. Ese tío, don Benito, es peligrosísimo, periodista. No te haces una idea. Si lo cazamos aquí, hasta Obama nos hace la ola. Debes tener mucho cuidado en los próximos días. No salgas sin el móvil que te dimos bajo ningún concepto. La cosa puede ponerse muy fea.

—Y tanto que sí —murmura Velasco al otro lado del espejo.

XXVIII

UN HOMBRE LIBRE

A la mañana siguiente mandé a la familia al pueblo con los abuelos. «Allí estarán más seguros», me repetía a mí mismo. Y es cierto que me aterraba perderlos, pero no era esa la única razón por la que convencí a mi mujer para que se marchase el fin de semana con los niños, porque yo tenía mucho trabajo «con lo del reportaje de investigación». Los llevé hasta el autobús y nada más salir de la estación llamé a Vicky para quedar esa noche.

Probablemente aquella fue la mayor de todas las estupideces que cometí ese mes de agosto, pero no culpo a nadie de mi error; ni siquiera me arrepiento. En realidad, follarme a la camarera de la Premium con su culo tatuado fue también mi último acto libre antes de morir. A partir de ese momento, las principales decisiones sobre mi vida las tomarían otros por mí.

Fue una de esas noches que compensan la resaca. Vicky libraba y ni pisamos la Premium. Fuimos a cenar al Asiana, un restaurante de comida asiática-peruana que está en la travesía de San Mateo. Me lo había recomendado Pere, el crítico gastronómico del diario; además del consejo, Pere tuvo que llamar al chef para que nos colase porque el sitio está de moda y, si no reservas un par de días antes, es casi imposible cenar un viernes allí. Está escondido en un sótano dentro de una tienda de antigüedades, en lo que antes fue un secadero de jamones. Nos sentaron al lado de una cama balinesa, en una mesa apartada e iluminada con luz muy tenue. Pedimos el menú degustación: choritos a la chalaca, kimuchi de zamburiñas, ensalada vietnamita de pollo, tiradito de corvina, spring roll de cerdo ibérico con langostinos, satay con coco y lima, cazuela de chupé balinés y curry verde con carrillera y verduras al wok. Vino blanco de rueda para beber y, de aperitivo, dos pisco sour. De postre, soufflé de chocolate. Vicky no se apañaba con los palillos, así que pidió tenedor y cuchillo al camarero. Esa noche, después de pasar por la comisaría de Canillas, no me atreví a apagar el móvil. Sabía que ellos estaban allí, grabando la conversación, por lo que durante la cena me porté como un perfecto caballero, como si fuésemos solo buenos amigos y nada más. A la tercera indirecta no correspondida, Vicky se tomó mi distancia como algo personal, como un desprecio por mi parte ante su indudable atractivo; esa noche estaba espectacular, con un vestido sin mangas de color rojo vino. Así que decidió jugar fuerte y al tercer plato se levantó. «Voy al baño». Y después de dar tres pasos dio la vuelta y regresó para susurrarme al oído: «¿Por qué no vienes conmigo? Tengo un antojo antes del postre».

Mi incomodidad por sentirme espiado por la poli terminó justo ahí. El resto de la noche ya todo me dio igual y me olvidé de que llevaba el móvil, de que nunca estábamos realmente solos. Sabía que la furgoneta de la poli estaba frente al

restaurante, con seguridad habían visto entrar a Vicky. De alguna extraña manera, me excitaba saber que el puto madero que estuviese de turno a esa hora, al que imaginaba como un gordo con la pinta de Velasco, pudiese escucharnos en el baño.

Después de los dos postres salimos por Malasaña. Fuimos a La Realidad, en la Corredera Baja de San Pablo. Más tarde nos pasamos por Chueca, por un sitio que nunca me acuerdo de cómo se llama, y acabamos cantando en el Toni2, un piano bar donde los camareros llevan pajarita, saben cómo servir un *gin-tonic* y siempre se merecen la propina. Nos emborrachamos como adolescentes en el viaje de fin de curso y a las seis de la mañana dejamos de dar la nota y nos fuimos a su casa.

Vicky vive en la calle Casino, por Lavapiés, en uno de esos apartamentos minúsculos que se pueden visitar sin que sea necesario cruzar la puerta de entrada. Follamos en la cocina, en el salón y en el dormitorio sin salir del mismo sofá cama. No había otra habitación; y allí mismo, agotados, nos quedamos dormidos con las persianas bajadas para evitar la luz del amanecer.

Ding, dong. Alguien llama al timbre de la puerta y me despierta. Vicky también se despereza. Cojo mi móvil para mirar la hora pero no consigo encenderlo. Mierda, se ha acabado la batería.

—Voy a ver quién es —me dice Vicky, que se pone las bragas, se levanta, se tapa con una bata roja con letras japonesas y va hacia la puerta mientras yo recupero mis calzoncillos bajo el sofá cama—. ¿Quién es? —pregunta.

—Soy yo.

Vicky abre la puerta antes incluso de que me dé tiempo a poner cara a esa voz. Entra Velasco mientras me hago pequeño sobre las sábanas con mis ridículos calzoncillos estampados. Vicky no parece ni incómoda ni sorprendida. Da un pico en los labios a Velasco, que la agarra del culo como si yo no estuviese delante.

—¿Qué pasa, periodista? Ya sabía yo que andarías por aquí.

—Yo... tío... ¿Cómo estás?

—Bien, tronco, bien. Venga, cuerpo escombro, vístete, que he quedado con el Alek. Te vamos a invitar a una barbacoa en un chalé de la sierra para celebrar lo bien que te portas. Te va a encantar.

XXIX

PAPEL DE REGALO

La habitación está forrada de plástico, está envuelta para regalo. Dentro hay un cubo lleno de ácido sulfúrico, una mochila con nueve kilos de cocaína y un idiota que se ha cagado en los pantalones, amordazado y atado a una silla con cinta americana. Yo soy el idiota. Yo soy parte del regalo. Pronto llegarán los colombianos y podrán cobrarse su venganza. Aún sigo vivo. Ahora mismo preferiría no estarlo.

«Para meter a alguien dentro del cubo antes tienes que trocearlo», decía hace un rato Velasco. «Para eso está el plástico, claro, para no mancharlo todo». Me balanceo para intentar soltarme pero solo consigo caerme de espaldas y darme un golpe en la cabeza. La cosa no mejora desde el suelo y, aunque consiguiese desatarme, no sé cómo podría escapar: la puerta está cerrada con llave y la única ventana, que también está tapada con plástico, tiene una reja.

Está anocheciendo y, a medida que la habitación se oscurece, me voy sintiendo un poco más muerto. «Chaval, no vas a salir de esta», me repito a mí mismo en voz alta para intentar darme valor, pero soy demasiado cobarde como para aceptar lo inevitable. Huelo mi mierda y es como si ese olor fuese el avance de mi propia e inevitable putrefacción. Soy un zombi, un muerto viviente.

—Lo siento, tío —me dijo Alek unas horas antes, cuando puso su mano sobre mi hombro mientras yo, horrorizado, contemplaba la habitación de plástico.

—Vaya, periodista, veo que has descubierto nuestra sorpresa antes de tiempo —se burló Velasco justo antes de darme un puñetazo que me partió el labio—. Joder, qué gusto, qué ganas tenía de soltarte una hostia.

Alek salió de la habitación, no lo volvería a ver. Fue Velasco quien se ocupó de empaquetar el regalo, de atarme a la silla y de dejar la cocaína en el cuarto.

—Pues nada, tronco, que ya nos veremos —se despidió y cerró la puerta con llave. Al rato escuché cómo los dos coches salían del chalé.

Pienso en mi mujer, y en los niños. Pienso en Vicky, y en la cara que tenía, tan tranquila, cuando Velasco llegó a buscarme. Pienso en el periódico. Esto va a ser lo más cerca que he estado de una exclusiva en casi un año. Con suerte, será otro el que la publique, el que cometa al menos tres errores de los que Velasco se burlará cuando lea la noticia. ¿Qué dirán los diarios cuando haya muerto? Probablemente nada. Tal vez ni se enteren, para eso está ahí el ácido, para convertirme en un desaparecido más, de los que se fue a por tabaco y no volvió. Velasco lo explicó muy claro: «Si no hay cadáver, no hay asesinato». Miro el cubo y recuerdo la conversación con el gordo cabrón: «El ácido está para deshacerte del cuerpo. Aunque si te pones en plan hijo

puta, también puedes matar a alguien con ácido. Te tienen que haber hecho una putada muy gorda, eso sí». Pienso en el chavito mexicano, uno de los que arrasó el Chamonix, al que encontraron desangrado en una alcantarilla, con quemaduras de ácido, con la polla cortada y sin varios dedos en los pies. ¿Cómo de gorda era la putada que les hizo a los colombianos? ¿Más que cargarse a Jorge Régula? ¿Más que robarles nueve kilos de cocaína? «¡Mierda, mierda, mierda!», sollozo en el suelo mientras pienso en cómo puedo acabar con esto ya, sin esperar a lo peor.

No sé cuánto tiempo llevo aquí, pero hasta un idiota como yo es capaz de atar los cabos cuando le dan en la cabeza con ellos. Es cuestión de tiempo, los colombianos no tardarán en llegar. La cocaína, mi mierda y yo somos parte del mismo regalo, cortesía de Alek y Velasco; un final feliz en el que todos quedan en paz menos yo, que acabo muerto. Los colombianos se vengan y recuperan su coca, Velasco recupera su vida y Alek recupera a su única familia, a Velasco. El gordo cabrón es un hijo de puta, pero es su hijo de puta: lo más parecido a un amigo que el polaco gigantón ha tenido en los casi veinte años que lleva en España. En cuanto a mí, no solo interpreto el papel de tonto útil, de cabeza de turco. También soy el testigo molesto, el bobo que sabía demasiado, el periodista indeseable.

XXX

MUERTO

Tras una eternidad en silencio, el ruido de un coche llega hasta la habitación de plástico y mi corazón se dispara. El motor se apaga. Tengo la oreja derecha pegada al suelo desde hace horas porque no me puedo mover y con ella escucho los pasos lentos de alguien que arrastra algo pesado, como un fardo o un saco. Como un cadáver. La puerta se abre.

—Joder, periodista, vaya olor a mierda —dice Velasco con un hombre a sus pies—. Mira, te presento a Alejandro Escalante. Dale las gracias, que te va a hacer el favor de tu vida.

El puto pinche güey está desfallecido. Lleva dos días sin agua, encerrado en un contenedor abandonado bajo el sol de agosto en el secarral de Seseña. Está al borde del desmayo y delira con la cara enrojecida y los labios resecos. Velasco me desata.

—Dame tu cartera y sal de la habitación, lo que viene ahora no te va a gustar.

Obedezco a medias y desde el umbral de la puerta veo cómo Velasco se pone unos guantes de plástico, guarda mi cartera con toda mi documentación en el bolsillo del chavito, saca una navaja, le corta la lengua y la tira al cubo con ácido. Vomito mientras escucho los alaridos de Escalante, que paran solo un instante, cuando Velasco sumerge su cara en el ácido. Su rostro se quema entre gritos.

—Te dije que salieses, joder. Venga, vámonos.

—Mira, periodista, vamos a hablar claro —me dice Velasco mientras conduce en la noche—. Si te he salvado el culo es porque voy a ofrecerte un trato. Sé que eres un soplón, te vi en la comisaría. —Velasco desvía sus ojos de la carretera y me mira—. Por cierto, gracias por hablarle de mí al inspector.

Me quedo callado mientras froto mis manos dormidas que ahora hormigean después de tanto tiempo atado. Intento encajar las piezas. Velasco sabe que será el primer sospechoso si yo muero. No sé por qué le toleran sus excesos en la comisaría, pero está claro que matar a un periodista es otra cosa. Después de lo que le conté al inspector, Velasco no se puede permitir que muera. Todas las pistas, desde Vicky hasta mi madrugada en la comisaría de Canillas, conducirían hacia él.

—Es muy fácil —continúa Velasco—. Tú ahora estás muerto. Alek cree que estás muerto y los colombianos, dentro de un rato, también lo creerán. Yo creo que te interesa morirte con tanta gente empeñada en matarte, ¿no? Solo te pido tres cosas: que me cuentes dónde está don Benito, que te calles la boca sobre mí y que sigas muerto una temporada más; yo me ocupo de arreglarlo todo con el inspector.

Sigo en silencio. La autovía está casi vacía a esta hora y miro hipnotizado las

líneas de la carretera, como si todo esto no fuese conmigo. Velasco continúa hablando.

—Sé que tienes un papel que te dio Alek, con la dirección de la casa donde se esconde don Benito y varios nombres y teléfonos de su organización. Me lo contó Vicky. Cuando lleguemos a tu casa, me tienes que bajar ese papel. Y no te preocupes, que no me vas a volver a ver jamás. Tu mujer tampoco se tiene que enterar de lo de Vicky, ella no dirá nada, yo me ocupo de eso también. Tú solo haz lo que te pido y no te preocupes de nada más.

—¿Y si no lo hago? —contesto al fin con la voz noqueada.

—Pues tú mismo. Si no hay trato o lo incumples, que sepas que los colombianos sabrán de ti, de tu mujer y tus hijos. No creo que sea tan difícil de decidir. Tú verás si prefieres pasar por muerto o morirte de verdad.

XXXI

EL FINAL DEL VERANO

Septiembre llegó como una de esas resacas en las que no sabes distinguir qué parte es verdad y qué parte has soñado. Desperté del verano tan lejos de la Premium que las únicas noticias fueron las de los periódicos, notas de prensa editadas por algún becario mal pagado, probablemente una sombra de lo que de verdad ocurrió.

Por la prensa me enteré de que le dieron una medalla al cabrón de Velasco y encima fui yo quien le dio el empujón. Los titulares pregonaron la detención del peligroso capo internacional, el narco don Benito. Fue tal el éxito del intrépido policía Velasco que lo mismo acaban convirtiendo su vida en una teleserie basada en hechos reales. Entre los cargos contra la organización de don Benito, sumaron mi asesinato; mi cuerpo, el de Escalante mejor dicho, apareció unos meses después cerca del pantano de San Juan, en un pinar sembrado de cadáveres donde también encontraron al rapaz gallego que se rajó cuando los mexicanos asaltaron el Chamonix. Pobre chaval.

Alek tampoco tuvo suerte: ni recuperó a su viejo amigo ni superó su pasado. Probablemente Velasco se la volvió a jugar. Después de detener a los colombianos, la policía registró su casa y encontraron un montón de billetes de todos los tamaños cuya procedencia no supo explicar. Y también una pistola: la Glock 17 con munición de 9 milímetros Parabellum que mató a Jorge Régula. El gigantón polaco está ahora en prisión y en los periódicos dicen que en su declaración acusó al héroe Velasco de ser el asesino de Régula, pero nadie le creyó.

En cuanto a mí, la muerte me sentó fatal. Mi mujer me dejó y se quedó con los niños. Le conté toda la verdad de ese verano, Vicky incluida; no pude mentir más. Ella no me pudo perdonar. Al menos no tengo que pasar la pensión de divorcio, cobra la de viudedad.

Ahora vivo en Berlín, una ciudad con un montón de cosas que hacer cuando estás muerto. Los niños vienen conmigo una semana de cada mes. No estaba en condiciones de negociar nada mejor con mi mujer. Tengo sitio de sobra para ellos y les echo mucho de menos las otras tres semanas que no están. Al menos en Berlín las casas son grandes y baratas, de algo tiene que servir ser la única ciudad de toda Europa que tiene hoy menos habitantes que antes de la Segunda Guerra Mundial. Vivo en el barrio de Neukölln, en el antiguo Berlín occidental. Pago 400 euros al mes por un alquiler caliente, con calefacción, de un piso de tres habitaciones. Mi casa está muy cerca del viejo aeropuerto de Tempelhof, el edificio más grande del mundo hasta que se construyó el Pentágono. Cerró sus pistas hace algunos años y la primavera pasada volvió a abrir, transformado en el mayor parque de la ciudad. Cuando hace bueno, paseo con los niños por allí.

No sé si algún día volveré a pisar Madrid. Siempre seré el periodista que se fue de la lengua, el bocazas, el chivato. En España no existe un programa de protección de testigos: no te ponen una escolta, ni siquiera hay algo de dinero para que puedas buscarte una nueva vida. Al menos tuve suerte con el traslado, el propio ministro del Interior intercedió con el periódico y salí de la mesa de cierre con los pies por delante. Firmo bajo seudónimo como corresponsal en Alemania, como *freelance*. Al principio me pagaban a 120 euros la pieza. Después bajó a 90 euros y ahora son solo 60; si es una apertura a doble, sube hasta 100 euros, pero eso no suele pasar. Me publican tres o cuatro cosas a la semana: el periódico cada vez tiene menos páginas y no hay tantas grandes noticias en Berlín para el poco papel que el director dedica a la sección de Internacional. También escribo por mi cuenta un blog sobre libros. Tiene bastantes seguidores, pero es un esfuerzo aún más ruinoso: en el último mes, los ingresos por la publicidad de google ascendieron a la increíble cifra de 23 euros con diez céntimos. Prometí que no volvería a pisar una discoteca jamás, pero no lo cumplí. Aquí no es fácil para un español que no habla apenas alemán, así que completo lo poco que gano como periodista con un *minijob*: trabajo un par de noches a la semana de recogecopas en el Berghain Panorama, una discoteca gigantesca dentro de una antigua central eléctrica de diseño soviético, de los años de la RDA.

Me quedan varias incógnitas, las otras historias de aquel agosto que jamás aparecieron en las notas de prensa de la policía. No sé si Alek fue alguna vez mi amigo o solo me utilizó; si Velasco trabajaba también para los mexicanos, además de para la poli y para sí mismo; si Vicky me la jugó desde el primer momento o si alguna vez piensa en mí. Tampoco sé qué pasó con *Ratón*, el gato de Alek. Pero lo que más me preocupa es qué falló en mi cabeza para no salir huyendo de la Premium la segunda noche. Otro verano se acaba y aún no sé la respuesta.



IGNACIO ESCOLAR (Burgos, 1975) es periodista. Fundador del diario *Público* como su primer director, trabaja en prensa, radio y televisión como analista político en programas como *La Ventana de la Cadena SER*, *Las mañanas de Cuatro*, *El gran debate*, en Telecinco, o *La noche* en el Canal 24 horas de RTVE. Es autor de www.escolar.net, el blog sobre política más seguido en España, y colabora con medios internacionales como *The Guardian*, en el Reino Unido, o *Clarín*, en Argentina.

Empezó su carrera como periodista en 1995 y desde entonces ha pasado por la redacción de Informativos Telecinco, *La Voz de Almería* —donde fue director adjunto—, Cadena SER o *Cinco Días*, entre otros medios. Ha sido consultor de prensa en Latinoamérica, en el lanzamiento de una cadena de periódicos de México y en el rediseño de otro diario en Ecuador.

31 noches es su debut como novelista. También es coautor de *Reacciona*, editado por Aguilar. En septiembre de 2010 publicó su primer ensayo: *La nación inventada*, una historia divulgativa sobre la Castilla medieval, escrita a medias con su padre, el también periodista Arsenio Escolar.

Su cuenta en Twitter es [@iescolar](https://twitter.com/iescolar)